LA
FRANCIA JUDÍA

POR

EDUARDO DRUMONT

EDICION POPULAR
TRADUCIDA DE LA NOVENA EDICION FRANCESA

POR

D. RAFAEL PIJOAN, PBRO.

CON CENSURA ECLESIÁSTICA



BARCELONA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE LA INMACULADA CONCEPCION
13. BUENSUCESO, 13.

Prefacio

...Y FRANCIA SIGUE SIENDO JUDÍA CON EL PRESIDENTE NICOLÁS PAUL STEPHANE SARKOZY... HIJO DE PADRE JUDÍO HÚNGARO Y MADRE JUDÍA GRIEGA,

Prólogo

Un antiguo amigo me ha pedido un prólogo para este libro histórico, y evidentemente debe ser un prólogo breve, pues ya tiene uno del traductor, que fue el presbítero Rafael Pijoan - con censura eclesiástica - y otro de la novena edición, de 44 páginas.

Así, pues, es poco lo que puedo agregar.

Don Eduardo Drumont, autor de esta obra, vivió de 1849 a 1917. Se distinguió como periodista, fundador de "La Libre Parole", y particularmente por su presente libro, que le fue violentamente criticado por sus adversarios. Se le llamó energúmeno y sectario. Sin embargo, no se le demostró que alguno de los hechos que relatara fuera falso. No se suscitó propiamente ningún debate.

En aquella época, a fines del siglo XIX, era frecuente usar fuertes adjetivos, de uno y otro lado, aunque Drumont se inclinaba a utilizar hechos históricos, con fechas y nombres.

Don Eduardo Drumont abarca varios siglos de la historia de Francia y también de los demás países de Europa. Habla, fundamentalmente, de la usura, fenómeno tan evidente entonces como ahora.

También se refiere a la llamada "gran prensa", controlada casi en su mayoría por las agencias internacionales de noticias que fueron fundadas por conocidos judíos y que, naturalmente trabajaban en su favor,

a la vez que (gradualmente) deslizaban cierta dosis subliminal de propaganda anticristiana.

"Nos encontramos - decía - en medio de pactos y conjuraciones".

Drumont cita a Enrique Heine y coincide en que a los judíos no se les conoce realmente. "Se cree conocerlos porque se ha visto su barba; pero no se ha visto de ellos más que eso, y lo mismo hoy que en la edad media, son siempre un misterio ambulante".

El autor de "La Francia Judía" aporta muchos datos sobre la expulsión que los judíos sufrieron en la Francia de 1394, un siglo antes de la que padecieron en España, a manos de los Reyes Católicos. ¿Por qué también se les expulsó temporalmente de Alemania y de Inglaterra?

Drumont analiza el fenómeno de que los judíos lleguen a un país padeciendo pobreza y de que, al poco tiempo, ya se hayan formado un buen patrimonio.

No cabe duda que se trata de un pueblo único en su género. El judío concentra, en sí mismo, su sangre, su religión, su política, su historia y su economía. Viven su Pentateucus. Tienen así una contundencia muy particular que se les va formando desde su niñez.

Desde luego que eso es muy diferente a lo que ocurre con el cristiano actualmente, que desde la niñez vive en un laicismo que le enfrenta su tradición - cada día más tibia - con el laicismo de su enseñanza escolar.

Son cinco diferencias que hacen, del judío y del cristiano, dos mundos diferentes.

Dos mundos que de tiempo en tiempo chocan.

Para el cristiano sólo existe una solución - y reza por ella - o sea la conversión del judío hacia el final de los tiempos.

Salvador Borrego Escalante

Índice

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN........5
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR........9
PRÓLOGO A LA EDICIÓN POPULAR........11
INTRODUCCIÓN: La conquista judía........57

LIBRO PRIMERO: EL JUDÍO
Capítulo primero:........63
Capítulo segundo:........76
Capítulo tercero:........94

LIBRO SEGUNDO: EL JUDÍO EN LA HISTORIA DE FRANCIA
Capítulo primero: Desde los primeros tiempos a la expulsión de 1394........115
Capítulo segundo: De 1394 a 1789........124
Capítulo tercero: La Revolución y el Primer Imperio........151
Capítulo cuarto: La Restauración y la Monarquía de Julio........163
Capítulo quinto: La Segunda República y el Segundo Imperio........173
Capítulo sexto:
El Gobierno del 4 de septiembre
La Commune
La Tercera República........181

LIBRO TERCERO: GAMBETTA Y SU CORTE
Capítulo primero:........248
Capítulo segundo:........257
Capítulo tercero:........266

LIBRO CUARTO: CRÉMIEUX Y LA ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL
Capítulo primero: 213
Capítulo segundo: 280
Capítulo tercero: 245

LIBRO QUINTO: PARÍS JUDÍO Y LA SOCIEDAD FRANCESA
Capítulo primero: 301
Capítulo segundo: 307
Capítulo tercero: 321
Capítulo cuarto: 333
Capítulo quinto: 346
Capítulo sexto: 362
Capítulo séptimo: 374
Capítulo octavo: 392

LIBRO SEXTO: LA PERSECUCIÓN JUDÍA
Capítulo primero: 421
Capítulo segundo: Los judíos 443
Capítulo tercero: Los judíos (continuación) 462
Capítulo cuarto: Los judíos (continuación) 482
Capítulo quinto: Fin 509

CONCLUSIÓN 533

Prólogo del Traductor.

Si el nombre de Eduardo Drumont no hubiera ya recorrido en alas de la fama el mundo civilizado, procuraría encomendar a mi pluma los elogios a que siempre son acreedores los genios privilegiados. Mas ahora basta presentar al público algunos de sus libros para ver en poco tiempo agotadas las más numerosas ediciones, en lo cual hay que reconocer su más elocuente panegírico.

Hoy hago ver la luz pública a la tan famosa obra *"La Francia Judía,"* que he traducido de la novena edición francesa. En ella se nos pinta a la Francia bajo el poder de los judíos; y las lecciones que nos da pueden servir a las demás naciones para que abran los ojos y escarmienten en cabeza ajena. La utilidad de este libro es muy grande en nuestros días en que este pueblo maldecido por Dios parece que se ha propuesto subyugarlo todo.

En efecto: según afirmación del Vicepresidente de la Municipalidad Israelita de Berlín, hay en dicha ciudad 90,000 judíos, 20.000 más que en Francia. Así es que el movimiento semítico progresa en Alemania y en Austria; y

ante la nueva invasión, protestantes y católicos se unen para rechazarla.

Según recientes estadísticas, los judíos poseen en Viena el 40 por 100 de las casas de la ciudad, y tienen hipotecado otro 40 por 100, lo que equivale a decir que son los dueños y árbitros de la propiedad, industria y comercio, cuando en 1848 no poseían un solo inmueble en la capital austriaca.

No es menor su influencia en la Italia oficial. Con motivo de un viaje del rey Humberto a Berlín, el periódico del rabino Hirsch Hildesheimer dice lo siguiente: "En Italia los israelitas desempeñan muchos cargos públicos. En el ejército hay muchos generales y en la Cámara una docena de diputados judíos. Crispies un ardiente filosemita, y su amigo y confidente, el judío Levi, dirige *La Riforma*, órgano del Gobierno. Entre los artistas , escritores y profesores de la Universidad se cuentan muchos judíos; y en las exposiciones artísticas e industriales lo son la mitad de los expositores. Reciben con frecuencia de la corte empleos y condecoraciones, y la reina Margarita visita con preferencia las escuelas y los institutos de la beneficencia judía."

¿Y qué hubiera sido también de nuestra España si la fe de nuestros mayores no les hubiera arrojado de este noble suelo en el que sólo debía estar enarbolado el estandarte de nuestra religión sacrosanta?

Demos gracias a Dios por éste y tantos otros beneficios que sobre nosotros ha derramado, y con las palabras de la Iglesia, roguemos por los pérfidos judíos para que Nuestro Señor arranque el velo que cubre sus corazones y disipe las tinieblas de su entendimiento a fin de que conozcan ellos también a Jesucristo.

RAFAEL PIJOAN, PRESBÍTERO.

Prólogo de la edición popular

He ahí la *Francia Judía* en la forma compendiada y popular que tanto han deseado muchos de mis lectores.

Ya recordáis, sin duda, las explosiones de indignación que produjera esta *Francia Judía*. Era éste, al decir de algunos, un libro escandaloso, violento, excesivo, un libro de energúmeno y de sectario... Apenas han trascurrido dos años, y ésta tan críticada obra pasa como una Berquinada (1).

No hay una página en este libro que no palidezca al lado de lo que sobre los vergonzosos baturrillos de Wilson escribieron los más moderados diarios republicanos; no hay una línea que no parezca inofensiva si se coteja con las ignominias que fueron el tema de las conversaciones de París durante meses enteros.

(1) Para comprender esta frase francesa conviene advertir que Berquin es autor de cuentos y escribe principalmente para los niños. Así que en francés se llama vulgarmente Berquinada a un libro poco serio, hecho para entretener al pueblo.-_(N. del T.)

Había yo pintado de color de rosa a esta República francmasónica y judía a la que se me acusaba de calumniar; y cuando ella apareció de repente a los ojos de todos tal cual era, podrida hasta la médula, putrefacta y gangrenada, extendióse por todo el país un olor insoportable de descomposición y de muerte.

¿Y quién hizo esto? La que debía hacerlo: una entremetida, una meretriz, una intrigante de baja ralea; de tales manos procedía la obra.

Hay diversas especies de escobas según son también diversos los usos a que se destinan. Los sacerdotes de Apolo sólo podían barrer el templo de Delfos con ramas de cedro. Las escobas que se emplean para quitar polvo de los tapices de Oriente ricos en variados colores, delicados arabescos y suavísimos tejidos, son nobles, en la forma y la materia. No lo son ya tanto las que se destinan a la limpieza de los objetos que ni tienen el brillo ni el perfume de Oriente, y entre las de esta clase había que buscar la pequeña y especial escoba destinada a barrer el Eliseo...

Para los establos de un rey como Augios, era necesario un semi-Dios como Hércules; para los establos de Grevy bastaba la Limouzin (1).

El episodio es interesante. Bajo el reinado del Terror, los antiguos caballeros de San Luis, las madres de familia

---

(1) El autor habla aquí de aquella mujer por nombre Limouzin, que se hizo tristemente célebre por el proceso llamado *de las condecoraciones*, juzgada en el tribunal de los asuntos criminales en París en 1888, proceso que motivó la condenación de un general, yerno de Mousieur Grevy, quien a consecuencia de este escándaloso proceso se vió obligado a presentar su dimisión de Presidente de la República.- (N. del T.)

de irreprochable conducta, las jóvenes de angelical sonrisa, las santas vírgenes, los sacerdotes de blancos cabellos, subían impasibles a la carreta y extendiéndose sobre la plancha decían al verdugo: "¿estoy bien así, señor?" El pueblo helado de espanto y sobrecogido de admiración, miraba y dejaba degollar... Una vez se oyó de repente prorrumpir en sollozos, alaridos e imprecaciones... Era una joven que protestaba, que se resistía, que no quería que la mataran; y el mismo día que la Dubarry gritó que no consentía en morir, fue el día en que murió el Terror...

La Limouzin representa algo análogo a esto. Habíase envilecido todo lo que era digno de respeto; habíase arrojado a Dios de las escuelas y a la Justicia de los tribunales; habíase echado fuera del pretorio a los magistrados de honra para sustituirlos por postes de fumadero y fautores de las logias masónicas; habíase penetrado con fractura en los domicilios privados y mandado prender por alguaciles a religiosos que oraban; habíase entregado al pillaje el erario de la Francia, y para desguarnecer más nuestras fronteras, nuestros soldados eran enviados a morir al Tung-King... Excepción hecha de algunas protestas platónicas, que se perdían en el silencio de la general cobardía, todo parecía irle a Grevy viento en popa. Imperturbable en su falsa virtud, este hombre de bronce seguía cobrando, como suplemento de su sueldo, 300,000 francos para viajes que no realizaba jamás.

Cierta mañana los ministros de este austero Dun (1) tuvieron la feliz idea de insultar a la Limouzin y de introducirse en aquel domicilio que nada tenía de convento.

(1) Así se llamaban los jefes de la república de Venecia y también el de Génova.-(N. del T.)

Desde este instante todo fue incoherencia. Comprendióse lo que era verdaderamente aquel régimen bajo el cual nada quedaba en pie; el tráfico más descabellado pareció arrastrar como una zarabanda fantástica, a todos los representantes de la autoridad.

Desde el momento, esta jugarreta casual que vino como a reventar aquella Virtud (1) sostenida por las entrañas mismas del Elíseo, excitó una excepcional alegría. La Fatalidad lo presidía todo; no precisamente aquella Fatalidad que desenreda los grandes dramas de la Historia y conduce a su ruina los ilustres actores de la escena humana, sino una Fatalidad de opereta.

Ninguna orden de arresto se había dado contra la Limouzin. Ella había sido solamente llamada al gabinete de Atthalin, y es indudable que todo habría quedado sofocado apenas la amiga de Caffarel hubiera indicado lo que sabía. Pero Grevy tuvo la desgracia de que tres *reporters*, después del desayuno, fueran de común acuerdo a tener una entrevista con la dama en el momento en que salía para presentarse al juez de instrucción. Ella tomóles por agentes encargados de arrestarla. Los *reporters* no diciendo que sí ni que no, se ofrecieron a acompañar a la Limouzin, haciéronle dar un largo paseo en coche y la dejaron finalmente en el Palacio después que ella se lo hubo contado todo.

Con un lápiz en la mano, el implacable Atthalin se impacientaba durante este tiempo en su gabinete de juez de instrucción. Envió un recado a la Limouzin preguntándole por qué no venia. Respondiéronle que ella había ya

(1) Grevy era tenido como el *vir probus*, como la virtud personificada, innoble y serena.-(N. del T.)

marchado con unos caballeros que se creía pertenecer a la Prefectura de Policía.

Por aquellos días los del tribunal estaban en lucha con los de la Seguridad a causa de una cartera de piel humana que el jefe de la última se había hecho arreglar con el pellejo de Pranzini. Al volver el mensajero, Atthalin no tuvo ya más dudas. <<Esta es otra jugada de la Seguridad,>> dijo él. Manda venir a Goron y le dice:

—¡Esto es insufrible! Usted usurpa todavía mis atribuciones...

—¿Yo usurpo sus atribuciones?

—Ciertamente. Usted ha enviado agentes a arrestar a la Limouzin, a la que yo solamente había rogado que pasara a mi gabinete.

—¿Yo? ¿Yo he enviado agentes a arrestar a la Limouzin?

—Sí, señor.

En este momento entra la Limouzin.

—Yo he hecho un poco tarde, dice ella; pero culpa es de este señor de la policía, que son tan amables.

—¡Con qué! exclamó Atthalin dirigiéndose a Goron, ¿no decia yo que usurpábais.....?

—Y yo también repito que nada he usurpado. Estos señores de ninguna manera pertenecían a la policía.

—Entonces, replicó gimiendo la Limouzin, ¿será necesario que empiece de nuevo? ¿Y qué queréis que os diga que no haya ya dicho a estos caballeros?

—¿Pues que lo ha dicho V. todo?

—Todo.

—¿Y ha hablado V. de Wilson?

—También he hablado de Wilson.

Entre tanto el coche, en el que resonaban alegres risas y carcajadas, se volvía a París llevándose los despojos

de honor del más hábil Tartufo de este siglo. Los increíbles detalles de estas historias eran repetidas por los millares de voces de los paseos públicos, lanzadas a todos los vientos de la prensa, y ya no era posible detener el escándalo.

Como las piezas a las que el *Sombrero de paja Italiano* ha servido de modelo y que a pesar de todas las inverosimilitudes son entregadas a la publicidad, así este asunto, precedido de semejante prólogo, debía alcanzar los últimos límites de la fantasía.

Hízose no obstante una especie de alto para deponer la antigua inoportunidad; luego entróse más de lleno en la extravagancia, y por buena que sea la opinión que yo tengo de la inteligencia de mis lectores, no creo que haya uno solo que pueda reconstruir de un modo claro y distinto la cadena de esta siniestra farsa. Se robaban las cartas, se abrían, se copiaban, perdíanse, encontrábanse las unas y otras no parecían más; intentábase asesinar a los que las llevaban y los diputados declaraban que el funcionario encargado de velar por la seguridad pública era quien había comprado a los asesinos; no se perseguía a los diputados que acusaban, ni al funcionario acusado. Un día muy de mañana corre la noticia de que se persigue al juez de instrucción, y que Wilson se lamenta. Wilson sin embargo fue también condenado, aunque es verdad que se le absolvió pronto.

Es imposible dar unidad a todas esas picardías; Magistrados, generales, diputados, periodistas, condecorados, entremetidos, agentes de policía, toda esta pléyade corre ante vuestros ojos como en la exaltación de un sueño, con la asombrosa celeridad de aquellas nubes de variados colores que esparce por los cielos el viento de una invisible tempestad.

Sobre estas mágicas palabras, sobre estos atolondramíentos de seres delirantes y de cosas en desorden, sobre estos clamores injuriosos y burlescos, se deja oír, como una salmodia fúnebre, la voz de un juez que repite impasible sus considerandos... considerando...considerando...considerando que...

Pero este considerando sirve lo mismo para condenar que para absolver; y el mismo hecho en el contenido, envía a la cárcel al barón Coeln o a la Ratazzí, y vuelve a colocar a Wilson en un palacio del paseo de Iéna.

Los que quisieran aplicar a estas cosas llenas de insensatez y extravagancia las reglas de un ordinario buen sentido, perderían ciertamente el tiempo y la cabeza. Hay que mirarlos sin pretender casi darles unidad, y el espectáculo es entonces sumamente instructivo y curioso.

¡Qué caída de aquel jefe de Estado que se retira entre la algazara de los camelotes que gritan: <<Tú nos has metido a todos en el atolladero >>, en medio de las pullas de toda una sociedad que canta:

Sous c´ nóm: *Pod´vins* et Compagnie,
Mon gendre ouvrit des magasins,
S´associant à des *Limousins*
Pour exploiter un fonds d´ merc´rie,
A sa boutique y s´ chargeait d´vendre
Rubans, faveurs... Ah! quel cam´lot!
Maint´ nant, son commerce est *dans d´leau´*.
Ah! quel malheur d´avoir un gendre!

¡Qué espectáculo y al mismo tiempo qué lección! El hombre así socavado era la personificación misma del abogado que perdió a la Francia; el jurista, el legista; el ente de apariencia, de hipocresía, de mentira; el hombre que bajo la capa de decencia, resumía en sí más de medio

siglo de imposturas y villanías. Para él, el derecho no había sido jamás el protector de los débiles, sino una fórmula seca, artificial y malvada , de la que sabían servirse los hábiles para justificar todos los atentados. Este hombre no había tenido durante toda su vida una sola hora de verdadera bondad, ni un arranque de indignación para el mal, ni una sombra de respeto al alma de los otros.

Este hombre que pretendía pasar como inexorable servidor de la ley, había violado con un simple decreto la libertad de millares de franceses; este falso cristiano que tiene por prenombre, Judit, había dejado su silla de presidente de la Asamblea para ir a defender a Dreyfus y sus guanos; este antiguo prior del colegio de abogados había impedido a los oprimidos acercarse a los tribunales para defender su causa... Y sin embargo este hombre triunfaba, y se imponía, y tomaba actitudes de romano.

Pero he ahí que cuando menos se pensaba, la Limouzin se presenta ante el astuto procurador y le dice: "Tu código, viejo perillán, lo conozco mejor que tú mismo; y Madame Tricoche arrollará a Monsieur Cacolet."

Tal es la página instructiva, pero repugnante y asquerosa, que la Limouzin añadiera a nuestros gloriosos anales, como preámbulo al Centenario del 89.

Decididamente las grandes Virtudes laicas de estos tiempos no han sido felices. Si Grevy representaba el *vir probus* tranquilo y sereno, la Virtud en su asiento, la Virtud inmoble, Julio Favre representaba muy de buena gana la Virtud gesticulante, y venía a ser como el Thraséas que fomentaba la corrupción de las cortes y los dorados vicios de los tiranos. Un día tuvo una disputa con un vecino, no sé si con motivo de un árbol o de un conejo, y entonces se

demostró que Thraséas no se contentaba con ser adúltero y concubinario sino que era además hábil falsario y torcía a sabiendas los actos del estado civil.

Todos estos virtuosos *golillas* acaban siempre en historias de papel que nos recuerdan las fábulas y cuentos populares. Los unos se emplean en los registros de una alcaldía, los otros revolviendo los legajos de algún bufete.

"¡Tened piedad de mí, pobre pecador!" repite sin cesar el cristiano más virtuoso durante su vida. Pero los sacerdotes del deber, como ellos se llaman en los discursos de recepción, se calientan junto a otro fuego. "Vos encarnáis. Señor, se dicen unos a otros, las más augustas tradiciones del banco de los abogados; de aquel banco que es el honor en el mismo honor, la flor de la entereza, si me es lícito expresarme así". Y entonces menean mucho sus anchas mangas, hablan en todos los tonos recorriendo la escala musical para más interesar y atraer; preludian, modulan, cantan....

Y uno se pregunta ¿qué le va a suceder a este hombre? ¡Cuántas vergüenzas no se encontrarían tras esta majestuosa fachada! ¡Cuánta hediondez nos inundaría si rompiéramos la débil corteza de esta incorruptibilidad de aparato!

De ordinario, todos ellos más o menos tarde, se ven envueltos en aventuras extraordinarias de indecencia. En estos días, las cuestiones Laluyé, Vergoin, Wilson, descubren algún tanto esta corrupción y dan buenos ratos y motivos de risa a las almas ingenuas que no se glorían cuando no pecan, y se arrepienten después del pecado.

Julio Favre tuvo al menos la satisfacción de mandar fusilar, en las gradas del Panteón, a Milliére, que no había tomado parte alguna en la *Commune*, y que sólo era culpable

por haber revelado al mundo que la virtud de Thraséas, tenía algunos lunares. La Limouzin, más afortunada, conoció los goces del triunfo completo, y sin temor alguno por el porvenir, vació su vaso al *Chat noir*, bebiendo a la salud de Atthalin.

Y ella supo valientemente defenderse. Considerad lo que es tenérselas que haber, en tales condiciones, con una magistratura prostituida, y cuánto pesa esta fuerza en manos corrompidas. Recordad las injurias que se infirieron a esta mujer registrando escrupulosamente su casa, y las falsas retractaciones que se pusieron en su boca publicadas por la verídica Agencia Havas. Fijáos por otra parte en qué armas tenía esta criatura para luchar: los muebles en el Hotel de ventas, sus alhajas embargadas, sin domicilio, y la perspectiva de habitar en un fiacre apenas saliera de la audiencia. Pero ella permaneció firme; ella descubrió la jugarreta de la carta y puso de manifiesto a todos los Grevys: al presidente Grevy, al general Grevy, y al Grevy magistrado, relator del Consejo. Todos estos Grevys fueron abrasados por el veneno de la bestia acorralada.

Examinad lo que tenían a su disposición para resistir los de la Unión general: dinero, influencia social, elevadas relaciones. Habíaselos ofrecido una combinación de cuarenta diarios, que debían hacer un nutrido fuego contra los judíos. Ellos podían a fuerza de ultrajes, conducir a explicarse ante el Jurado a los magistrados que dirigieran esta inicua instrucción. Suponed a los Rothschild borrados de la lista de los miembros del Jockey Club, todos los salones cerrados a los judíos, a los mundanos judíos abofeteados por todas partes. Pero el golpe estaba evitado y conjurada la ruina de cuarenta mil familias francesas. Ellos alargaron el cuello al verdugo, diciéndole lo que se decía tiempo atrás: "¿Estoy bien así, señor?"

Ocho días después, el duque de la Rochefoucauld Bisaccio llevaba a su mujer a casa de Rothschild, y el año pasado, en plena Academia francesa, Rousse, a quien se creía íntegro, llenaba también de elogios a Leon Say, quien se había servido de su autoridad de ministro para aplastar a los franceses en provecho del erario alemán.

Ante este contraste, que forma la inercia de unos y la audacia de otros, acuérdase uno de aquellas palabras de Guizot: "Lo que causa la salud de Inglaterra es que los hombres de bien son tan atrevidos como los malvados".

El pueblo masónico había tenido su expresión triunfante en el abogado-rey del Elíseo; y él precisamente acompañóle en la caída a la *cloaca máxima*. Vióse entonces, como en una repentina iluminación, lo que valía aquella gente. "¡Cuánta agua! ¡cuánta agua!" exclamaba cierta vez un guerrero poco habituado a largos discursos. "¡Cuánto cieno! ¡cuánto cieno!" podemos decir hoy nosotros. A donde quiera que se dirija la vista, no se ven más que robos, intrigas, exacciones y cohechos. Sólo con nombrarlos llenaríamos muchas páginas, y aún no diríamos la décima parte de lo que hay.

En Marsella el Alcalde es obligado a destituir a catorce empleados de la alcaldía y siete de la administración de derechos, que eran apercibidos por la justicia. En París, son condenados por ladrones algunos oficiales de paz. Un comisario de policía es cogido infraganti en el robo en la parada. Encuéntranse objetos perdidos en el bolsillo del jefe de esta oficina que es perseguido también por robo. Los almacenes de la Villa de París son saqueados. Un presidente del tribunal de Draquignan instala a prostitutas en el palacio de justicia, y dedícase con ardor a cierto trabajo de facturas. Delgoves, juez de paz republicano en el Oise, es condenado

perpetuamente a trabajos forzados por tentativa de asesinato. Un consejero general de Herault, Allieu, es condenado por moneda falsa. El consejero municipal Lefebvre - Roncier es convencido de haber recibido diez mil francos de exceso en la solemne estafa organizada por Isaac y Gabriel Levy bajo el nombre de *Cincuentenario de los ferrocarriles*. Los amigos de Lefebvre-Roncier responden citando un tratado que prueba que otro consejero municipal, Marsoulan, cometió un delito análogo.

Estos hechos que acabo de citar, son los primeros que me han venido a la memoria. Sería necesario añadir a esta lista compendiada, una infinidad de hechos que se procura que queden en el olvido; historias misteriosas tales como el asesinato de Barreme, el robo del Hotel de postas, la malversión de los fondos secretos realizada por el amigo de Mlle. Angela Renard.

Lo cierto es que en todas partes se roba. No podéis hablar un minuto con algún empleado de administración pública, sin que os cuente un sin número de actos inauditos que se suceden bajo sus ojos(1). Cuanto más esfuerzo se hace para limpiar, más se ensucia; porque como lo dijo M. Henry Maret. <<Es el mismo jabón a quien habría que limpiar>>

---

(1) Ver a este propósito lo que dice un antiguo consejero de Estado, Monsieur Le Tresor de la Roque, autor de la *Hacienda de la República*, a propósito de los robos que se cometen, gracias a la connivencia de los diputados republicanos, en todas las administraciones.

<<Bajo el nuevo régimen, el contagio se ha extendido prodigiosamente. En San Quintín, el hospicio tenía rentas al portador cuyos títulos eran depositados en la caja: el recaudador vendió los títulos y robó los fondos (206,000 francos) mientras que los administradores firmaban con la mayor sangre fría la existencia de los títulos en la caja. En el mismo San Quintín, en Annecy y Tarare, las sustracciones efectuadas en las cajas de ahorros suben a centenares de miles de Francos (157, 000 fr., 500, 000 fr., 800, 000 fr.) Otras

De este disgusto universal nació la popularidad de Boulanger. ¿Quién es él? *What is he?* Se está esperando a un hombre. ¿Será él este hombre?

<<¡Ay! dice Carlyle, hemos atravesado ciertos tiempos que llamaban a voces a algún hombre, pero por más que le llamasen no lo encontraban. No existía; la Providencia no lo había enviado todavía. Los tiempos con todas sus voces debían sumirse en la confusión y en la ruina, porque el grande hombre a quien se llamaba no aparecía>>

Lo que es cierto es que el general Boulanger constituye desde ahora un elemento nuevo en la situación. Clemenceau dijo a los radicales que el general les había arrebatado la popularidad que ellos debieran haber tenido; los jefes de la derecha podrían decir lo mismo. Boulanger personifica la protesta vehemente contra el parlamentarismo, protesta que los conservadores hubieran personificado perfectamente si hubieran tenido más temperamento, si se hubieran mostrado, si ante la necesidad que lo exigía, hubieran subido a hablar al pueblo.

M. Portalis ha explicado perfectamente este punto.

---

cosas semejantes se contaban al mismo tiempo sucedidas en Villefranche, cerca de Niza, en Bourbon-l´Archambault, Joigny, otro empleado, robó mas de 600, 000 francos. En Niza, en la Tesorería General, hubo un desfalco de 1.800.000 francos. Se robó en Montpellier, en Saint-Etienne, en Saint- Bonnet-le- Chateau. Y notad que los ladrones eran republicanos ardientes, como lo era así mismo en la Dordogne aquel notario convencido de otra estafa; como lo eran aquellos otros notarios del Loiret, de Cantal y de Tara-el Gazome, que se escaparon después de haber disipado no pocos millones ; como lo eran diez y siete otros también notarios, consejeros generales, de distritos o alcaldes, francmasones declarados, pero que al mismo tiempo que ardientes republicanos eran unos farsantes y estafadores.

No solamente, dice él, el sufragio universal se desvía de la política oportunista que ha prevalecido desde 1877, sino que también abandona a los antiguos partidos monárquicos.

Antes de las elecciones de 1885, M. Clemenceau, en un largo discurso que pronunció en Burdeos, decía, hablando de la mayoría parlamentaria, que M. Jules Ferry habia dirigido durante dos años: << Saludad a esta mayoría, que ya no volveréis a verla.>>

Hoy puede decirse a los conservadores, cuyos electores acaban de votar al general Boulanger en la Dordogne y en el Norte: <<Señores, saludad a estos electores, que ya no los veréis más.>> Y si hay que dar fe a uno de nuestros hermanos, así se expresaba ayer también en Lille uno de los jefes del partido conservador.

Evidentemente que no depende de 180 diputados de la derecha el apoderarse inmediatamente del poder; pero ellos podían ponerse al frente del movimiento, salir a la ventana, arengar, arrastrar al país, enviar a todos los ángulos de la Francia fervientes emisarios para que proclamasen las traiciones, los robos de los caudales públicos, las vergüenzas del régimen actual.

Cada uno de los acontecimientos que hace un año estamos presenciando, habría sido para una minoría decidida, ocasión de manifiestos cortos, elocuentes y entusiastas, que hubieran resucitado el antiguo honor francés: <<He ahí lo que ha hecho la República; he ahí quiénes son los bandidos que nos gobiernan; he ahi quién es Ferry, quién es Floquet; Grevy abandonó su puesto de presidente de la Cámara para ir a defender al Dreyfus de los guanos. Floquet es de la misma índole: él defendió en Túnez los intereses de Mustafá en la cuestión de los bienes Habbous, y ejerció toda su influencia para decidir al gobierno francés a que admitiera una transacción ruinosa para el Tesoro. Vuestros hijos, oh paisanos, han muerto en

Túnez de insolaciones, de fiebres tifoideas, de privaciones, para enriquecer a una sociedad de judíos extranjeros.>>

Si los hombres honrados hubieran leído cada quince días en cada uno de los pueblos de Francia proclamas como ésta, vengando de este modo la conciencia pública, denunciando los escándalos ignorados todavía, abatiendo a los miserables que han arruinado nuestro país por espacio de cien años, los pueblos hubieran dicho: <<Nuestros diputados se ocupan de la patria; ayudémosles.>> Habríanse organizado comités, procurado la disolución de la Cámara; y los que hubieran contribuido a arrojar a dicha Cámara infame, habrían ocupado los primeros puestos, cuando se hubiese tratado de reemplazar a todos estos estafadores por hombres que al menos tuvieran las manos limpias de la suciedad que deja el oro.

Pero los conservadores no se movieron.

Las elecciones de 1885 fueron una batalla ganada por los soldados. Jefes valientes no hubieran tenido sino una idea: ir adelante y no dejando un minuto de reposo al enemigo, contemplar la victoria. Maravillados ellos mismos del éxito, los jefes del partido conservador no se preocuparon más que de una cosa: <<¿Cómo podremos recuperar todo el terreno perdido?>>

Ellos hicieron traición, como los políticos de la Asamblea de Versalles, al país que había confiado en ellos. El lector no tomará a mal mis palabras: ellos hicieron traición, no voluntaria sino inconscientemente, por la natural disposición de inteligencias pusilánimes y tímidas, por una suerte de fatalidad inherente a la conformación de su cerebro.

Hay algo más fuerte que ellos. Hay una gran puerta y basta entrar por ella con la cabeza levantada. Los que dirigen el partido conservador andan revolviéndose entre sombras, se esfuerzan en aplicar la mano a la llave de una puerta

clandestina, piden si existe algún pasillo tortuoso por donde poderse escapar. La mitad de la Francia grita a los miembros de la derecha: <<Estamos con vosotros.>> Pero éstos en vez de ir adelante, buscan el apoyo de seres deshonrados, tales como los Ferry, los Rouvier y los Flourens, y susurran a sus oídos diciéndoles: <<Ea, vamos a ver si hay medio para entendernos juntos.>>

La nación que no gusta de estos tráficos, contesta: <<Decididamente todos los parlamentarios, de cualquier matiz que sean, son inmorales en sumo grado, inmorales como los Venerables de Logias masónicas. Jamás sacaremos de ellos provecho. Ensayemos a Boulanger.>>

Decir esto no es agitar el látigo de Juvenal, <<el hombre de marfil y oro>> como dice Víctor Hugo; esto no es ser satírico; sino solamente hacer un resumen sociológico, pintar cierta clase de seres, indicar un estado de espíritu.

De entre nuestros 180 diputados de la derecha, no ha salido un solo hombre que tenga una efigie precisa. De tanto como se ha declamado desde la entrada de estos diputados en la Cámara, no nos ha quedado, no diré ya un discurso, sino ni siquiera una sola palabra hermosa, acertada, profunda, cortante; una palabra que celebrara noblemente las víctimas, que imprimiera una marca indeleble en la frente de algún insultador de la Iglesia; una palabra que atravesara los costados de Floquet, de Tirard, de Ferry, de Lockroy, y que como certero dardo, hiciera exclamar a la víctima: << He sido herido;>> dardo que se mete más adentro a medida que el miserable se esfuerza en arrancarlo.

No negaré que algunos de estos oradores estén dotados de talento; pero se contentan con venir cuando les toca el turno de hablar, con poner un argumento al lado del

argumento de su vecino, como se pone una ficha del dominó al lado de otra ficha del adversario

-¿Quién juega, caballero?...Ud...¡Ah! pues blanco y cinco.

¡Estos discursos no exhalan perfume alguno! En ellos no respiráis ni el olor de la tierra nuevamente removida por el arado, ni aquel aire salubre de los bosques, ni los vapores de las cubas de vino de Borgoña, ni el gusto exquisito de los frutos prensados en Normandía. Todos sus razonamientos se parecen a vino de uvas secas fabricado por miserables viñadores.

Boulanger, hay que confesarlo, es más activo. Apenas se presenta en algún punto, las canciones populares animan las calles y plazas: <<*Alegres y contentos, el corazón palpita*, etc.>> y nada hay tan entusiasta como oír los *Pioupious de Auvernia*, en honor del hombre que se ha hecho popular.

Fuera de él no hay otro...<< No, Señores, no es justo hablar como habló mi honrado colega...>> Andad, mi hombre; que si los tambores de Augereau, los de Espinasse o los de Boulanger, tocaran juntos la señal de ataque a los coladores del Palacio-Borbon, sería esto motivo de más alegría para la Francia que el saber lo que tú piensas de tu querido amigo, cuya última estafa[1] nos contabas tú la vigilia durante la comida.

---

(1)Todavía se encuentran en la calle Grenelle algunos viejos tenderos que se acuerdan del expansivo gozo de aquel distrito, cuando el día 2 de Diciembre vieron pasar, entre una doble fila de cazadores de a pie, a los charlatanes de la Asamblea, quienes, pensando que todavía no habían hablado bastante, se habían reunido para conferenciar en la alcaldía del décimo distrito.

Hay que leer en las *Memorias de un realista*, en donde brilla, sin embargo, una inexplicable ternura por las corrupciones del parlamentarismo, la historia de M. de Vatimesnil, que había llevado a Monte-Valeriano un proyecto de ley de no se cuántos artículos. <<M. de Vastimesnil, cuenta M. de Falloux,

¡Cuán grande es, por el contrario, el poder de una palabra que traduce cuanto uno tiene en los labios! Los pobres franceses de hoy día son semejantes a aquellos viajeros que caminan inquietos a través de todas las emboscadas y entre tinieblas, *obscuri per umbras*. ¡Qué alegría se experimenta en el momento de pronunciarse una noble y animosa palabra, aun cuando sea casual, si esta palabra pronunciada entre las tinieblas de una espesa noche, nos dice que hay un hermano que sigue el mismo camino y piensa como nosotros! Las gentes no se olvidan de esto; son fieles a quien les ha dado este solaz y les ha animado con esta bebida fortificante. Entonces dicen: <<Este hombre es mi amigo; ha formulado exactamente lo mismo que tengo en mi corazón; ha expresado mi pensamiento, lo ha proferido y hecho público *(verbum prolatum)*;>> y buscan la primera luz del crepúsculo para ver a aquél que en las tenebrosas horas les dirigió la palabra, y le preguntan:

-¿Sois vos quien...?

-Sí; soy yo el mismo que...

-Pues bien, podéis gloriaros de habernos alegrado.

Hay que convenir en que rarísima vez los diputados de la derecha nos han dado semejante satisfacción.

Desde el mes de octubre de 1885 están negociando, o por mejor decir (empleando la frase de Luis Veuilot), M.

---

había sido sorprendido por el Dos de Diciembre en plena discusión de la ley municipal, cuyo portador era. Al salir de su casa no había tomado otro bagaje que su legajo de papeles para la discusión a la orden del día. Llevaba la información en el bolsillo de su levita y andaba como dándose gran importancia. Las enmiendas hinchaban sus bolsillos de atrás. Una vez en Monte-Valeriano, él las revisaba, como si la discusión tuviera que tener lugar de un momento a otro>>.

de Mackau, el gentilhombre intermediario, negocia por ellos. Es por otra parte un excelente sujeto; pero tiene la manía de tergiversarlo y politiquearlo todo.

En cierto pueblo de Forez, en que yo habitaba, rióse mucho tiempo de los Bezy. Todos los días de feria, los Bezy se ponían muy de mañana en camino con su vaca. Iban delante el padre y la madre y seguíales una hermana suya anciana… al caer el día veíaseles volver con la vaca. Duró esto por espacio de diez años, y nunca los Bezy faltaron a una sola feria. ¿Es que tenía la vaca algún vicio redhibitorio? Yo no lo sé; pero lo cierto es que los Bezy siempre la volvían a traer.

A ellos se parecen un tanto nuestros negociadores. Ya tienen habilidad para abrir la boca del animal, levantarle la cola y ensalzar hasta las nubes sus cualidades; pero toda su habilidad es inútil y el comprador no acaba jamás de decidirse.

Y notad que yo no digo que la vaca sea mala, sino que digo solamente que nadie la quiere ¿Y que queréis hacerle? Si no la quieren…

Por lo demás, si los hombres de la derecha hubieran estudiado bien la historia, observarían que la situación es exactamente la misma que en la época del Fructidor. Nada es tan curioso a este propósito, como la conversación de Treilhard y del general Mateo Dumas, que nos transmitió M. de Barante en su *Historia del Directorio.*

El general Mateo Dumas tenía a Treilhard por un hombre que llevaba la franqueza hasta la brutalidad.

- Usted tiene, por su experiencia y sus talentos, le dice él, una grande influencia sobre hombres que le son muy inferiores, y yo quisiera saber qué piensa V. de mis amigos y de mí, cómo juzga nuestra conducta y por qué causa no podemos entendernos.

- Ustedes son personas muy decentes y capaces, respondió Treilhard, y yo creo que pretenden Vds. muy sinceramente mantener el gobierno constitucional, porque no hay medio alguno ni para ustedes ni para nosotros de sustituirlo con otro; pero nosotros, los convencionales, no podemos dejarles hacer, porque lo quieran o no, nos llevan seguidamente a una cierta ruina. Nada hay común entre nosotros.

- ¿Qué garantía, pues, les es necesaria? Replicó el General Dumas.

- Una sola, replicó Treilhard; después de la cual haremos cuanto quieran; y podrán Vds. tocar todos los resortes. Dennos esta garantía y les seguiremos ciegamente.

- ¿Y cuál?

- Suban a la tribuna y declaren que si Vds. hubieran sido miembros de la Convención, habrían votado, como nosotros, la muerte del rey...(1)

La situación, repito, es poco más o menos la misma.

Subid a la tribuna, dicen los hombres de la izquierda a los de la derecha; renegad de vuestro bautismo. Decid que sois judíos de corazón y que si os hubiérais encontrado en Jerusalén hace diez y ocho siglos, habríais pedido la muerte de Cristo...

Sin duda que se puede reprochar a los diputados conservadores de alguna falta de resolución y de energía. Pero hay que convenir en que, excepción hecha de dos o tres farsantes que pasan de un campo a otro según conviene a sus intereses, la derecha rechazaría unánime esta marcha sacrílega.

Las cosas quedan en el mismo estado. Aliándose abiertamente a la República, renunciando a toda afirmación

---

(1) Al General Mateo Dumas, cuenta Taine, fue a quien en la víspera del 18 de Fructidor, un comandante ofreció de hacer marchar a su gente a Luxemburgo y detener a Barras. El general rechazó el ofrecimiento.

- Usted ha sido un imbécil, le dijo Napoleón. Usted no entiende nada en revoluciones.Este general había nacido para ser orleanista

monárquica, como lo proponía Raoul Duval, ¿hubiera podido la derecha abrirse sitio en el gobierno? Es posible que sí; pero de todos modos habría sido necesario hablar francamente, cosa que no saben hacer los hombres de la derecha. Y con todo no está tampoco demostrado que la unión y concordia hubiera podido llevarse a cabo.

No hay que olvidar, en efecto, que los diputados de la izquierda no son tampoco libres, puesto que son los instrumentos de la Francmasonería, pertenecen a las Logias, y las Logias pertenecen a los judíos.

Si la derecha hubiese querido negociar, habría tenido por de pronto que empezar a combatir, reconocer al menos la plaza, darse cuenta de que la masonería está enteramente en manos de los judíos, puesto que el Consejo Supremo, que todo lo dirige, debe contar siempre cinco judíos de los nueve miembros que lo componen.

Cuando se tiene intención de sitiar una ciudad, es necesario, en cuanto es posible, saber dónde está situada, no sea que deseando apoderarse de Sebastopol se plante la artillería ante el *Moulin de la Galette*.

Los hombres de la derecha han retrocedido siempre que hubiera sido necesario medirse con realidades, atacar poderes y autoridades efectivas. En todos estos casos se han contentado con palabrerías inútiles y con manifestaciones que atacaran solamente de lado.

Por otra parte, todo esto no es más que la repetición de lo que pasó en la Asamblea de Versalles.

Entre los libros, poco conocidos y poco leídos, que darán a los historiadores de los siglos venideros la nota justa y un conocimiento exacto de los sucesos contemporáneos, figura un pequeño volumen publicado en provincias, y que lleva este título: *Memorias políticas de un miembro de la Asamblea constituyente de 1871.*

A pesar de su título algo solemne, este volumen no enseña nada completamente nuevo de lo que pasó en la Asamblea. Ni es un diario sembrado de elegancia y arte, como el diario de los Goncourt; ni un diario que os cuente los sufrimientos de un alma escogida, como el diario de María Bashkirzeff; ni siquiera un diario que coleccione para el porvenir los pequeños detalles de la historia y colija para un futuro Tácito las torpezas de nuestros gobernantes, como el diario de Fidus, sino que es pura y simplemente un diario; es una cosa semejante a lo que se llamaba antiguamente un *libro de razón.*

Solamente bajo este punto de vista, este pequeñito volumen escrito sin ninguna preocupación artística, es instructivo y digno de ser leído detenidamente.

Su autor, el barón de Vinols, ferviente monárquico y no menos ferviente cristiano, era un rico propietario del Puy, respetado de todos sus conciudadanos que le habían enviado al Consejo general. Al terminar la guerra, creyó que quizás sería útil pedir algunas explicaciones a Gambetta sobre la libertad que el simple aventurero, sin permiso de nadie, se había tomado para hacer matar a millones de franceses y gastar centenares de millones. Comunicó este pensamiento a los Auvernianos, quienes se lo aprobaron y le enviaron a la Cámara.

El nuevo diputado se puso en camino, desembarcó en Burdeos, se fue a Versailles, echóse a descansar en el suelo junto a una estufa, luego se instaló en París en un hotel amueblado, cogió un constipado, tuvo enfermos a sus hijos, le nombraron de una comisión, pronunció un discurso, le felicitaron... después, en un día dado se disolvió la Asamblea; to-to-to, se acabó. Pasóse el tiempo como un sueño. ¿Qué se hizo durante esos días, esos meses y esos años? Nada. Se había venido a salvar la Francia, y se la dejaba entregada a la orgía republicana.

¿Y la cuestión que el diputado de Auvernia debía proponer a Gambetta?

¿La Cuestión? No pudo jamás ponerla. Él acechaba la ocasión propicia, era miembro de la comisión de informaciones, tenía la lengua a punto de hablar... Por fin, el presidente Saint-Marc Girardin, tomóle aparte y le dijo: <<Yo os aconsejo que no pongáis cuestiones a M. Gambetta, porque esto podría ser causa de alguna discusión.>>

¿Y no es épica esta palabra *Orleanista* dirigida a un representante que había sido escogido únicamente por su rectitud y por la necesidad de reclamar justicia?

El hijo de un italiano, que simplemente representaba a 12,000 electores de Belleville que le habían enviado a la Cámara, pudo ejercer durante meses enteros una autoridad que no hubiera tenido un rey absoluto. Pudo contratar empréstitos, enviar a la muerte a millares de infelices mientras él se calentaba al amor de la lumbre, impedirnos firmar una paz que nos hubiera dejado la Lorena y ahorrado dos mil millones de francos.

Saint-Marc Girardin encuentra todo esto perfectamente normal, y responde a los grandes hacendados o a quienesquiera que piden explicaciones: <<No pongáis cuestiones ni dificultades; esto no se hace.>>

Yo creo que este simple episodio pone bien de manifiesto la ausencia de todo sentido moral y la especie de osificación de conciencia de todos estos directores de la Asamblea que nos han conducido a donde al presente nos hallamos.

Y notad bien (pues en este punto conviene siempre insistir) que este hombre que decía deber procurarse que Gambetta gozase de una irresponsabilidad completa, sin que fuera prudente interrogarle siquiera, obraba sin compasión contra aquéllos de la *Commune* que habían

usurpado una pequeña función, o que se habían tomado la libertad de tomar del presupuesto alguna pieza de treinta sueldos. A los tales se les metía en un calabozo o se les enviaba a reventar trabajando en la Nueva Caledonia. Y esto no causaba discusión.

Es conveniente leer las pocas líneas que dan fin a este relato del libro del barón de Vinols:

<<Yo salí la misma noche para el Puy. A la mañana siguiente, mientras me desayunaba en el café de la Perla en Saint-Etienne, leí en el *Eclaireur* la relación de la sesión de la víspera, en la que, decía el diario, Gambetta había dominado por completo la comisión del 4 de Setiembre. En un acceso de cólera, llamó al mozo del café y le pidió lo necesario para escribir, para enseñar al *Eclaireur* el por qué la comisión había callado ante Gambetta. Pero me detuve al pensar que iba a entregar a las indiscreciones de la prensa la debilidad de nuestro presidente.>>

M. de Vinols no entregó nada a las indiscreciones de la prensa; dejó en el tintero su protesta y se contentó con arreglar la cuenta de los gastos y dar una propina al criado que le había provisto de papel y pluma.

Todos son lo mismo. Hay ciertamente hombres honrados entre estos representantes, en quienes, en las horas de crisis, la Francia genuina pone su confianza. Ella les escoge porque las comarcas conocen su familia y ven por la historia haberse conservado sin mancha. Marchan con admirables disposiciones, después de haber visitado su parroquia, como aquellos antiguos diputados que al ponerse

en camino pedían a Dios que les diera luz y gracia para desempeñar su cargo de representantes del Estado. Pero les sucede lo que a los jóvenes que llegan a París por vez primera. Estos tales encuentran en la estación a unas mujeres, por lo regular de avanzada edad, que les dicen con aire persuasivo: <<Vosotros no conocéis París, venid conmigo y yo os lo enseñaré todo.>>

Los diputados, al poner el pie en el palacio Bourbon encuentran a hombres que se han improvisado jefes, quienes dicen a los novicios: <<vosotros no conocéis los laberintos de las Asambleas y los manejos de la vida parlamentaria, venid conmigo y yo os lo enseñaré todo.>>

Los veteranos pasean así a sus reclutas por espacio de cuatro años, les conducen a reuniones donde se guisa la política a las mil maravillas, les mezclan con toda suerte de combinaciones, en una palabra, les impiden de hablar y de obrar. Después de los cuatro años, los electores desilusionados exclaman: <<¿Por qué nos hemos expuesto tanto a todas las vejaciones de la parte de la administración, para enviar a la Cámara a 180 diputados conservadores, si todos ellos juntos no han tenido valor para atacar una sola vez a este judío que nos oprime, nos deshonra y nos despoja?>>

Los conservadores acabaron por obedecer a una especie de sugestión y por persuadirse que los judíos debían ser puestos siempre fuera de debate, mientras que los cristianos eran criados y puestos en el mundo para recibir injurias y sufrir las injusticias.

Yo puedo citaros un ejemplo de esta singular disposición de espíritu. Había yo suplicado a uno de los más valerosos y elocuentes de entre nosotros, que propusiera una cuestión al ministro de Comercio y de los Trabajos

públicos (aquel semita Millaud que se parece exactamente a un mono cuando se ha hartado de coco) para saber con qué derecho los de la casa Hachette habían obtenido de su autoridad privada, la comisión de buhoneros, abolida por la Cámara.

<<Yo no os pido, había dicho a mi amigo, que aboguéis por mí, sino sólo que digáis esto: <Vénse por ahí descripciones de costumbres sin nombre, historias de incestos, novelas como *El Germinal* en la que Mouquette muestra... lo que sabéis, bajo los rayos del sol que se oculta, estudios amatorios de todo género... y estos libros se ponen en todas las estaciones de ferrocarriles, en manos de jóvenes doncellas que no siendo suficientemente ricas para tener quién las gobierne, se ven muchas veces obligadas a viajar solas, y compran, quizás por casualidad, el primer libro que se les ofrece. La *Francia Judía* puede por algunos ser tildada a causa de ciertas teorías, pero no contiene nada que pueda depravar a un alma o manchar su imaginación. El autor se propone indagar si los Rothschild han trabajado lo suficiente en el espacio de cincuenta años para haber adquirido legítimamente tres mil millones. ¿Por qué, pues, si los Hachette tienen derecho de escoger, dan la preferencia al libro que corrompe y prohiben el que discute? ¿Por qué admiten la basura y proscriben la idea? Y si no tienen el derecho de escoger, ¿por qué lo usurpan?>>>

Mi amigo no se atrevió jamás a proponer esta cuestión. No obstante es uno de los mejores que tenemos; yo le profeso un grande amor, y yo ruego por él como él sin duda ruega por mí. Es un verdadero francés; y cuando yo me ocupe de este punto, que es de suma importancia para la libertad intelectual, él encontrará muy natural y lógico que yo me chancée un poco a expensas suyas. Muchos de

sus colegas no son ciertamente como él; los conservadores se desviven para ir contra la corriente y enviarlos a la Cámara. Pero una vez sentados en ella, no hay hombre para sacrificar una sola de sus comodidades materiales, ni para enviar lindamente por algún adversario político algún sombrerazo al rincón del puente de la Concordia. Guardaos bien de poneros en ridículo con tales actitudes, porque si no agriarías a aquellos caballeros y pasaríais por descortés. Allí sólo deben oírse palabras de honor... ¿Y no reventáis de risa?

Y notad que lo que se pide a esta gente, que siempre están hablando de la Legión fulminante y de los mártires en el Circo, es tan poco que apenas merece el nombre de heroísmo. Por lo que a mí toca, en vano busco las terribles consecuencias que hubiera podido traer una protesta contra la injusticia de que era víctima.

Sin duda que los diputados de la izquierda habrían gritado un poco, si públicamente se hubiera afirmado que no es lícito ni permitido impedir la circulación de un libro sólo porque disgusta a los Rothschild: ellos viven del judío y protegen a quien les paga. Una gran parte de ellos reducidos durante quince años a la miseria y obligados a buscar con afán la pieza de cien sueldos y a arrojar *l'indomptable*, como decía Murger, están hoy ricos gracias a los rentistas de Israel que les han hecho remisión de todas sus operaciones. Ellos han comprado un *coupé* con Bône-et-Guelma, un hotel con los negocios de Túnez, una quinta con las convenciones... Habrían pues gritado, una vez más; pero no habría pasado de aquí. La tribuna no se hubiera hundido por tan poca cosa ni el luminoso techo se hubiera caído sobre el orador. Hubiérase dicho simplemente: <<*No hay duda que los católicos tienen cosas buenas; cuando uno de ellos es molestado por los judíos, todos le defienden*>>.

Los diputados de la derecha no son atrevidos, sufren más que otros el mal que Rochefort ha llamado <<*la podredumbre de Asamblea.*>>

¡Qué cuadro tan hermoso y variado a la vista podría hacerse sobre la vida parlamentaria!

DESPUÉS DE LAS ELECCIONES:

Los diputados viven en aquella afectuosa mezcla de los conejos, se pasan mutuamente el tabaco y el rapé, y se evitan todo pequeño disgusto que directa o indirectamente pudiera estorbar los pequeños tráficos de sus colegas. Durante las vacaciones, los de la derecha y los de la izquierda van juntos a visitar los Moriscos de Alger o a aplaudir en Túnez una *danza del vientre* más audaz todavía, dice lleno de admiración un diario, que la de los Ouled-Nail de Biskra. Y esta excursión de recreo cuesta a la Francia 1.200,000 francos.

DESPUÉS DE LA DISOLUCIÓN.

La escena representa una casa rectoral de un pueblo. La lucha electoral se ha terminado; el digno sacerdote ha procurado arreglarse lo mejor posible con sus ovejas y está relativamente tranquilo. Entrada del diputado de la derecha.

-*Pro aris et focis*! señor cura. Éste es el momento de combatir o de morir defendiendo creencias que apreciamos más que la misma vida. Se requieren hombres que suban a la tribuna para proclamar que estamos resueltos a dejarnos matar antes que ceder; se requieren hombres que sepan revestirse de valor ante los nuevos bárbaros y les opongan sus pechos. ¿Queréis ayudarme a cumplir esta misión?

-Ciertamente...yo...¿Qué respondieron ellos en la última legislatura cuando os oyeron hablar en este tono? Y esto debió hacer un grande efecto.

-La legislatura sólo duró tres años... Yo no tuve tiempo de hacer lo que hubiera querido, sólo una vez hice uso de la palabra.

-¿Y qué dijísteis?

- Era cuando Goblet insultaba a la Iglesia. Yo dije muy alto:<<Estas palabras son indignas.>> Pero no se atrevieron a insertar oficialmente mi aserción.

-Esto es fastidioso.

-Muy fastidioso. ¡Ah! ¡Bandidos! ¡Miserables! ¡Decir que bastaría un puñado de hombres enérgicos para ponerles en razón!

-En fin, ¿Qué deseáis que haga?

-Que os echéis en la mezcla conmigo...

Yo presumo que el sacerdote se sacrificará más y hará mejor de las suyas. Sacerdotes de pueblo y periodistas católicos, en el fondo somos unos bestias. Nosotros nos decimos:<<Este diputado no tiene valor; jamás ha hablado en la tribuna ni contra los Francmasones, ni contra los judíos, ni contra nada que afecte a alguna realidad; pero en fin quizás acabará por manifestarse.>>

Sería de desear, sin embargo, que los hombres modestos que tan enérgicamente procuran el triunfo de las candidaturas conservadoras, preguntaran un poco a sus diputados y procuraran ver si comprenden ellos cuál es su misión y si están a la altura de las eventualidades que nos amenazan.

Jamás estuvo la Francia en tan crítica situación. La guerra es inevitable dentro de un plazo que no puede ser muy largo. Es una niñada el pretender que estallaría más pronto con Boulanger que con ninguno otro. La guerra tendrá lugar cuando la quieran Bismark y los banqueros judíos.

¿Es Boulanger el estratégico inspirado que debe darnos la victoria? Yo no lo sé. Pero sí que es evidente que un soldado que cuenta treinta años de servicio y que ha recibido ya seis heridas, siempre inspiraría un poco más de confianza a las tropas que este pobre cacoquimio de Freycinet, quien por otra parte debe estar preparado para hacer traición a Floquet en provecho de Boulanger, como lo hizo a Gambetta en provecho de Ferry y a éste en provecho de Floquet. Y es evidente también, que el régimen actual, habiendo eliminando cuidadosamente y postergado a todos los oficiales, aun los de más mérito, que eran demasiado rectos para ocultar sus sentimientos cristianos, los generales que quedan no parecen ser superiores a Boulanger.

El general Ferron, sostenido calurosamente hace unos meses por la prensa conservadora, ¿era el hombre que decididamente nos convenía? Es permitido ponerlo en duda; porque cuando era simplemente capitán, no dejaba traslucir en él las cualidades de intuición que forman a los grandes comandantes de ejército.

En el *Cours d'art militaire professe en 1864 á l'Ecole d'application et du génie de Metz* por el capitán Ferron, se lee:

<<El ejército prusiano, en el cual el tiempo de servicio es muy corto, es una organización magnífica sobre el papel; pero un instrumento dudoso para la defensiva y que sería muy imperfecto durante el primer período de una guerra ofensiva.>>

El que tales cosas escribe, dos años antes de Sodowa, a dos pasos de la frontera alemana, la cual bastaba atravesar para ir a estudiar la organización militar de nuestros vecinos, sufre de miopía intelectual; podrá ser él un oficial pasable pero jamás el jefe que se requiere para la guerra moderna.

Este tal podrá administrar justicia, servir en las filas, pero no aceptar un ministerio.

Y lo que más asusta, precisamente en vísperas de una guerra en la cual la inteligencia desempeñará el papel principal, es la debilidad mental de todos los que son llamados a ocupar puestos importantes.

¡Qué! Si la guerra hubiese estallado algunos años ha, el Thibaudin de la Limouzin, ministro de la guerra entonces, hubiera tenido en sus manos los destinos de la Francia; él hubiera tenido que presidir aquella organización formidable para la cual el mismo genio de Napoleón I apenas sería suficiente.

Cuando la señal de alerta que nos daba la Prusia con la asechanza Schoeneble, nuestro segundo jefe de estado mayor era aquel pobre Caffarel, que estaba dedicado a todo género de contrabandos, que era el juguete de todos los que le prometían hacerle descontar algunos billetes, hombre ilusionado, necio más bien que culpable. Pues bien, este cerebro desarreglado era quien debía también combinar, preparar en su conjunto y en sus detalles el movimiento inmenso de la concentración. Este desequilibrado debía medirse con aquellos sucesores y discípulos de Moltké que hace ya quince años, están meditando la próxima campaña.

Pero no puede decirse todo lo que se sabe. Aquél que se esfuerza en advertir a su país de los peligros que le amenazan debe esconderse entre breñas, como lo hacen en ciertas circunstancias los soldados para ocultar al enemigo sus movimientos. Porque si hablara francamente, caería bajo los golpes de la magistratura masónica, que le condenaría sin remedio, aun antes de defenderse ante la ley.

Y el escritor que quisiera decir toda la verdad, no solamente sería castigado sin compasión por los tribunales, sino que ni siquiera ejercería influencia alguna sobre el

público. Sólo de tiempo en tiempo se aviva la atención con algún suceso inesperado o con el incidente que surge de una polémica. Este desdichado pueblo, presa ya de los síntomas de la muerte, abre entonces por un instante los ojos y vuelve a dormirse.

Si seis meses antes hubiérais preguntado a alguno a quién le parecía que confiaba la vigilancia las funciones de inspector principal en un punto como el de Avricourt, os hubiera respondido con una tranquilidad optimista, que evidentemente se confía este cargo a alguna persona de una particular confianza, puesto que se trata de funciones de excepcional delicadeza. El hombre encargado de este empleo, habría añadido, debe estar forzosamente al tanto de todos los secretos de nuestro servicio de informaciones, conocer los nombres de los Alsacio-Lorenos que nos son fieles; un hombre, en fin, que puede desempeñar un importantísimo papel en un incidente de frontera.

Y sin embargo, nos encontramos, siempre casualmente, con que Isaías Levaillant, cuyo verdadero nombre es Weill, o Isaías Jacob, llamado también Rech (que su nombre nunca se ha sabido de cierto) había encomendado este cargo a un hombre a quien llamaban Kuehn (Kohn, Kahn, Cahen), que era un simple desertor y que fue condenado a dos años de cárcel, hacía cosa de un mes. El fue quien vendió a Schoenehle. Jamás, según parece, se pensó siquiera en formar sumaria a este Kuehn antes de emplearle ni a informarse de las garantías que podía ofrecer.

Pero ya basta de esta materia; ya me comprendéis...

A falta de hombres estratégicos de talla, tenía la Francia sin embargo una fuerza enorme. Era rica; habría podido constituir un tesoro de guerra más considerable que el de Spandau, y habría podido decir a la Rusia: << Pon

sobre sobre las armas a centenares de miles de hombres, haz un llamamiento a todas tus inmensas llanuras, haz resonar el clarín en todas las extremidades de tu vasto imperio; yo garantizo todos los empréstitos.>>

Dueño del Parlamento por la Francmasonería, que está toda entera en manos de los judíos alemanes, Bismark encontró medio de arrebatarnos este ejército. En pocos años, los diputados republicanos han aumentado nuestra deuda, de *seis mil millones* en renta consolidada, más *dos mil millones* en deuda flotante. La Francia está hoy exhausta. Sin guerra hemos gastado más que Napoleón I, para conquistar la Europa.(1) La invasión de los republicanos nos ha costado más cara que la invasión alemana.

¿Y de qué han servido estas fabulosas sumas? De nada. Todo este dinero se ha disipado, sin que sepamos su paradero.

¿Y qué francés hay, hombre laborioso y honrado, que pueda levantarse y decir: <<estos enormes desembolsos monetarios me han sido útiles?>> ¿Cuál es el obrero, el factor rural, el más insignificante empleado que se atrevería a escribirme lo siguiente firmado con su nombre: <<Se han

---

(1) Un pequeño cuadro de algunas cifras será suficiente para dar a comprender las dilapidaciones a que se han entregado los Republicanos, quienes han llegado a tener un déficit de 700 millones sobre el presupuesto de 1886.

1869	- Gastos de todas clases	1,870	millones
	Excedentes de los ingresos sobre los gastos	C3	id.
1876	- (Todas las deudas de la guerra están pagadas)		
	El presupuesto de gastos se ha fijado en..	2, 600	id
	Excedente de los ingresos	80	id
1886	- Los diversos presupuestos de gastos se elevan a	3, 600	id
	Excedentes de los gastos sobre ingresos	700	id

gastado cuantiosas sumas, es verdad, pero ¿al menos se ha consagrado una parte de este dinero a mejorar mi suerte?>>

Este movimiento de oro no ha aprovechado más que a los judíos; y la mejor prueba de ello es que si el factor rural y el pequeño empleado se encuentran siempre en la misma situación, si el obrero que se muere de hambre llama en vano a la puerta de las fábricas, que en todas partes se cierran, en cambio a los judíos, que hemos visto llegar en 1871 y 1872 sumidos en la indigencia y viviendo del comercio de lentes y catalejos, son hoy dueños de los mejores hoteles de París y de los más deliciosos parques de los departamentos. Leed en el *Gaulois* la lista de los invitados a una gran fiesta mundana o la de los espectadores de una representación extraordinaria cualquiera, y preguntad a los hebreos, que figuran allí en primera fila, qué tenían hace veinte años. Si entonces carecían de todo y ahora todo lo tienen, ha sido necesario que de alguna parte lo sacaran.

Mientras la Francia tuvo dinero, la prensa republicana puesta al servicio de Alemania, predicaba amor a la paz, olvido de las injurias, recogimiento, como se decía, en las fecundas glorias del trabajo.

Cuando se evidenció que no teníamos ni un sueldo, la misma prensa empezó a excitar los ánimos: <<¡La Alsacia-Lorena! ¡Esto no puede quedarse así! ¡Valor! ¡No tenemos miedo a los alemanes!>>

Los periodistas judíos de la otra parte del Rhin, que se entienden, como ladrones en feria, con los de Francia, replicaron a su vez: <<¿Por quiénes nos tomáis? ¿Creéis que os tememos?>> (1)

---

(1) Un eminente diplomático, que sin querer que apareciera su nombre, publicó un librito La Alemania actual, lleno de observaciones muy profundas,

Si vosotros entendiérais el *Judisco* que viene a ser como el patois hebreo-germano, oiríais a dos compadres que aparentando ser contrarios enemigos se dicen al oído: <<Esto no va mal. ¿Qué pasa en la Bolsa?>>

El crédito habría podido crearnos recursos en el instante supremo. Los republicanos, siempre unidos a la Alemania, se han arreglado para arrebatarnos esta tabla salvadora. Aquí es donde conviene buscar la explicación de la catástrofe de la Unión general, que Bleischroeder vino a organizar en persona en París con Rothschild, gracias a la complicidad de Freycinet, de Leon Say y de Humbert.

Para comprender esta operación no hay ninguna necesidad de ser un fino político: basta fijarnos en el modo de obrar de Bismark. ¿Qué hace él en el momento en que la guerra parece inminente entre Alemania y Rusia? Cierra el crédito a la Rusia y arroja los valores rusos del mercado de Berlín. ¿Qué hacen nuestros ministros republicanos? Como fieles servidores de Alemania, arruinan a los banqueros franceses y ponen toda la hacienda nacional en manos de un judío de Francfort.

¿Qué podéis, pues, esperar de tales condiciones? Si existiera un segundo depósito de capitales, nos sería posible la lucha; podríamos en un momento dado discutir las condiciones; pero los hacendistas franceses saben bien lo que les aguarda.

---

deslindó perfectamente el papel desempeñado por los judíos cosmopolitas en los incidentes de estos últimos años:<<A causa del peligro, escribe él, que podían determinar estas polémicas de la prensa de allende el Rhin, conocióse la ingerencia de los judíos tan escritorcillos y bolsistas. Su literatura de referencias, y sus artículos de a tres dos cuartos, son los que al presente dominan y tienden a dirigir los acontecimientos. Aquél que escribiese la historia de la especulación en nuestra época, legaría a los venideros un documento de inapreciable valor.>>

Leon Say se lo dijo: <<Si vosotros intentáis agruparos y resistir a los Rothschild, soltaremos contra vosotros a algún Loew, y seréis conducidos a la policía correccional.>>

Los banqueros se dieron por avisados y cedieron la plaza de París a los judíos alemanes.

Esto sería una locura si es que no debiera calificarse de muy vulgar traición.

Si se propusiera a Bismark el sacrificar a un banquero de París o de Lyon, los banqueros alemanes soltarían tan fuerte carcajada que haría saltar todos los botones de su uniforme de coracero. Pero los franceses tienen una tan grande anemia de cerebro, que encuentran cosa muy natural el tomar a un judío de Francfort por administrador de nuestro tesoro y por jefe supremo del mercado francés.

Yo no creo, por esto, que la guerra estalle antes de un año. Los Rothschild pretenden que aún valemos para mil millones. Pero, a fuerza de alboroques, los republicanos decidirán este empréstito y algunos diputados conservadores tendrán la debilidad de votarlo como votaron la última conversión. Después de este empréstito, nuestro negocio estará arreglado a gusto de los enemigos: tendremos la guerra y nos hallaremos tan empeñados que ni siquiera encontraremos un maravedí para hacerla.

Jamás el aplastamiento de un pueblo fue preparado con más incomparable habilidad, y con una previsión tan atenta a los más insignificantes detalles. Hanse dirigido los ataques a todas las fuentes vivas de la vida del país.

La Agricultura se muere; se vota no sin dificultad un derecho de cinco francos para los cereales, para permitir a nuestros desdichados paisanos el poder con grandes trabajos sostenerse en el negocio. Si algún año que se presentaba

malo, luego se convierte en favorable, el corazón de nuestros campesinos se alegra algún tanto; pero el *Granero francés*, que totalmente está en manos de los judíos alemanes y sólo por ironía ha tomado este título, agiota sobre los trigos; declárase una baja y el pequeño beneficio que esperaban los cultivadores se pierde para ellos.

Y no soy yo quien invento esto por espíritu de partido, sino que son todos los diarios agrícolas, muy ajenos a cuestiones de raza y a las doctrinas antisemíticas, los que hacen constar los estragos causados por el bando judío. Así por ejemplo el *Franc Picard* dice:

¿Escribe todavía en los diarios el autor de la FRANCE JUIVE? Y si aún escribe, ¿cómo es que las gacetas agrícolas no han recibido de M. Drumont ningún capítulo de actualidad sobre la AGRICULTURA JUDÍA?

<<¡Ea, bravos agricultores de Francia! Que vosotros poseéis tierras, las trabajáis, quitáis sus malas yerbas, segáis sus frutos y los recogéis con cuidado; pero he ahí que el judío quiere recoger la verdadera cosecha, la renta de vuestras tierras, de vuestros sudores y de vuestras laboriosas combinaciones. Esta mezquina pieza de cien sueldos en la que confiábais para saldar los impuestos, alimentar a vuestra familia, mejorar vuestros campos, rehacer en fin vuestros negocios; pues bien, esta pieza que tanto tiempo ha os pertenecía a título de restitución, ya se la ha llevado de paso el judío.>>

<<¡Ah! Este pájaro de presa es muy hábil y astuto. Él juega en la Bolsa con el fruto de vuestros trabajos y llega finalmente a monopolizar vuestros trigos disponibles; hace el alta o baja del precio según su interés, y como su interés de momento consiste en la baja, os precipita el curso del trigo de cuatro francos por quintal, precisamente en el

momento en que vosotros tendríais necesidad de vender y de pagar.>>

<<Esta baja es una calamidad para vosotros; nada la hacía prever, nada la motivaba sino el cálculo y el interés de los judíos amigos y protectores de M. Ferry, de esta misma república de la que dicho señor declaraba ser ante todo la REPÚBLICA DE LOS LABRADORES.>>

<< ¿No es verdad que ahora empezáis ya a comprender en qué sentido?>>

<<Pero sabed que todo esto no es sino el principio, y que los grandes rentistas que tanto se interesan por vosotros, se están preparando a dotaros de una bonita máquina aspirante que llevará por nombre el CRÉDITO DE LA AGRICULTURA>>

Si la Inglaterra se declara contra nosotros (1), si la escuadra alemana y la italiana bloquean nuestros puertos e interceptan los convoyes de América, ¿dónde tomaréis vuestro trigo, ya que los agricultores arruinados abandonan los campos para probar de ganarse la vida en las ciudades, y ya que en algunas regiones, casi la mitad de las tierras se han convertido en páramos?

Hace dos años, se me habría respondido:

---

(1) Todas estas eventualidades que la prensa judía, cuyo empeño está siempre en dejarnos en una absoluta ignorancia, no discute jamás, son previstas todos los días por los diarios extranjeros.

Con fecha del 30 de Noviembre último la Presse de Viena comentaba ampliamente la noticia de la *Gazzette de Cologne*, relativa a la acción común de la flota inglesa y de las flotas de las tres potencias aliadas para la defensa.

El diario supone que la flota inglesa tendría cuidado de defender a Italia contra la flota francesa y de sostener a la Alemania en caso de una guerra con la Francia o la Rusia.

El *Weiner Tagblatt*, atribuye las negociaciones tiempo ha entabladas con Inglaterra, al jaque recibido por M. de Bismarck en su tentativa de atraer al czar a mejores sentimientos para con Alemania.

<<Nosotros tenemos nuestra flota>>. Todo el mundo me hubiera fijado los ojos si me hubiera atrevido a escribir en la *Francia Judía* lo que Raoul Duval explicaba al grupo de camaradas, que se reunían como otros Espartanos: <<Nuestra flota es inferior a la de Italia>>.

<<Cuidado, me hubieran contestado quejosos los amigos; no eclipséis con exageraciones las excelentes cosas que contiene vuestro libro. ¿Cómo queréis persuadirnos de esto, si la Francia en 1882 pagó el más enorme de los presupuestos conocidos: tres mil setecientos millones de francos, el Himalaya de los presupuestos, un presupuesto como jamás haya pagado nación alguna?>>

La sesión de la Cámara del 9 de febrero último ha demostrado hasta la evidencia la verdad de lo que nos contaba Raoul Duval.

Si en aquel momento hubiéramos tenido la guerra, éramos incapaces de luchar con la Italia en el Mediterráneo: la flota italiana era muy superior a la nuestra. No teníamos más que cuatro acorazados para oponer a los ocho acorazados italianos. Nuestras costas no estaban fortificadas y nuestros grandes arsenales podían vaciarse en un instante.

-¿Tres mil setecientos millones?

-Sí, señor.

-¿Y qué pueden hacer ellos de tanto dinero?

-No lo sé; pero yo creo que no se perdió. Todos los que invirtieron en aquel jaleo están muy bien arreglados...

La pasividad con que la Francia, que ahora empieza a estar ya cansada, ha sufrido todas estas dilapidaciones y traiciones, es evidentemente para una nación una señal inquietadora de imbecilidad senil.

¿No es pues una necesidad procurar una reacción, por medio de verdades contundentes y claras, contra la universal y perpetua mentira que constituye el fondo de la vida actual?

A esta prensa servil parece cosa muy natural mentir para calumniar al sacerdote; y al paso que no tiene más que adulaciones para los judíos que poseen muchos centenares de miles, reserva sus injurias para el humilde que sirve por 900 francos.

Pero ¡cosa rara! esta calumnia no indigna más que a medias a la opinión. Los mismos impíos tienen en tanta estima la grandeza del sacerdote francés, que la persecución parece como el premio de este noble sacrificado. El sacerdote apenas protesta, sino que acepta estos ultrajes como una prueba que lo santifica más y más. Ante las más monstruosas maquinaciones de la Francmasonería, se contenta con responder: *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum.*

Tiempo sería ya de que los católicos y aun los mismos sacerdotes repitieran a todos:

<<Andad con cuidado; este sistema general de mentiras organizado en la prensa no se dirige al sacerdote solamente, sino que se extiende a todas las manifestaciones de la vida social del país; ni amenaza tan solo a las almas sino a la existencia misma de la Francia y a la vida de vuestros hijos.>>

Mintió Ferry como un bribón en el artículo 7° y vosotros, no experimentando ningún perjuicio directo, dijísteis: <<Que se arreglen las monjas.>> El trapacero volvió a mentir enseguida con el mismo descaro cuando se trató de la expedición del Tonkín y aquellos hijos fuertes y robustos que estábais aguardando en vuestros pueblos para que os ayudaran a recoger los frutos, se quedaron allá entre los ensangrentados arrozales. Los que cayeron vivos en manos del enemigo sufrieron terribles torturas, y fueron bárbaramente mutilados; cortáronles brazos y piernas y

no quedaron de ellos más que sus informes troncos. Algunos volvieron acá hechos pedazos, como el mártir que nos muestra León Cladel en el *Kin...Kin...* que removiendo el pedazo de lengua que le quedaba, hacía esfuerzos para murmurar: *Frrry...frrry...* ¿Véis ahora si la mentira es tan inofensiva como todo esto?

¡Quiera Dios que bajo esta nueva forma, pueda mi libro ayudar a esta obra y alumbrar algunos de mis conciudadanos! Nos encontramos en medio de pactos y de conjuraciones. Para no perecer, nos es preciso hacer públicas las maniobras de la Francmasonería y los cálculos de la Cábala judía. Nuestra querida Francia, extraña a todo sentimiento de realidad, hechizada por la prensa de Israel, corre al borde de los precipicios con la indolencia de los sonámbulos. ¿Quién sabe si en tiempo oportuno todavía volverá a entrar en conciencia y posesión de sí misma, o si esperará a despertarse, cuando ya sea demasiado tarde, con la deslumbradora claridad de los relámpagos y el trágico fragor del trueno?

Los que desde un principio han sido amigos y lectores de la *Francia Judía*, pueden atestiguar cómo todo cuanto he dicho en esta obra se ha realizado puntualísimamente. A pesar de todo el oro de Israel, ningún escritor serio se ha atrevido a refutar mis afirmaciones.

Sólo un antiguo tesorero, pagador general, pretendió presentarse a la palestra pero no brilló como campeón. Para combatir la *Francia Judía*, contentóse con inventar algunos relatos escatológicos sobre Mgr. Gouset, de venerable memoria, y con narrar la historia de cierta mujer de Vannes, por nombre la Jarnotte, la que, según dicen, se dejaba caer con disimulo sobre las morcillas que vendía, a fin de hacerlas más sabrosas.

Lo cual, como bien dijo Alberto Rogat en la *Autorité*, <<es excesivamente impropio; pero para combatir la *Francia Judía* del todo insuficiente.>>

Por lo demás, con su ordinaria mala fe, los semitas han llevado siempre el debate fuera de su verdadero terreno. Había yo tratado la cuestión económica y social, y hablado de las espantosas exacciones ejercidas por una raza parásita sobre el pueblo que le había dado hospitalidad; había demostrado con qué medios odiosos y viles, con qué cínicos golpes de Bolsa, con qué escandaloso agiotaje se habían labrado esas fabulosas fortunas que serían bastantes para hacer vivir a cien mil familias, y los judíos me respondieron acusándome de atacar su religión.

A M. Lisbonne, presidente del Consejo general del Hérauld y hoy en día diputado, habiendo tocado esta cuestión en una carta que vio la luz pública, le eché por los bigotes los pasajes de los diarios judíos, en los que algunos oficiales franceses, culpables tan sólo de ir a misa, son tratados de <<clericales>> de <<polichinelas de sacristía>> y de <<gorriones de iglesia>> yo le desafié a citar algo de este género en la *Francia Judía.*

Si M Zadoc-Kan, el gran rabino, fuera sobrecogido por la muerte ante los rollos de la Thora, rezando el *Schemá* de Israel, yo ni soñaría siquiera en insultar este cadáver; y si semejante idea pasara por mí, todos mis amigos cristianos se pondrían de acuerdo para reprenderme.

Los judíos no tienen estos escrúpulos; y la muerte en el altar de un sacerdote de Jesucristo, de un *pere omnia*, (padre omnia) como ellos dicen, les excita la más irresistible hilaridad.

El Domingo, en Saulaincourt, escribe a la Lanterne(1) su corresponsal de Haute- Marne, en el

(1) Lanterne, 5 Noviembre de 1887.
F.J.

momento en que rezaba sus OREMUS ante el altar, nuestro PERE OMNIA fue súbitamente atacado de apoplejía, cayó como herido por un rayo. Y ni los ángeles del cielo, ni los santos del paraíso, ni los pequeños dioses de harina que estaban junto a él, se movieron para levantarle.

Los devotos tuvieron que transportarle a la sacristía y desde allí a su cama.

¡Pobre PERE OMNIA! Rogad por él, hermanos míos, porque el cielo le abandona.

-Per omnia saecula saeculorum.

- Amen

¿Quién no se siente conmovido con aquella palabra que resuena grave y solemne en el santuario como si un eco de la eternidad respondiese súbitamente a la oración y súplica de los efímeros mortales que mañana habrán ya dejado de vivir?

Pues esto hace reír a los judíos, según parece. Mas a nosotros lo que nos hace reír es el pensar que volverá a tomarse a los pícaros alemanes todo el dinero que nos robaron. Cada cual ríe como quiere. ¿Con qué derecho M. Léonce, Raynaud y M. Lisbonne quieren impedirme de reír?

Per omnia saecula saeculorum... la oración de los representantes de aquella Iglesia que es depositaria de las palabras de Vida eterna, resonará todavía largo tiempo después que hayan sido barridos todos los que, intentando destruir a los sacerdotes, han sido los instrumentos del complot masónico contra la misma Francia.

¿Dónde están ya ellos? ¿Dónde los Gambettas y los Grevys, los Paul Berts y los Cazots? Todos se ven envueltos

en ignominiosas aventuras; hanse precipitado al agua, no heridos por el rayo como los Titanes, sino simplemente resbalando sobre una corteza de naranja. En efecto, una mujer exasperada entra en la casa de Ville-d´Avray, y he ahí a Gambetta muerto. Un oficial pierde la cabeza en Lang-son y Ferry se ve obligado a huir del Palacio-Borbon por una escalera oculta. Cazot, el canciller, acabó más fácilmente en una mala causa. Quedaba Grevy, la virtud personificada... pero ya es sabido cuán majestuosamente bajó este jurisconsulto del poder.

Sin embargo, éste es el momento de abrir los ojos. Cuando llegue el día de las cuentas, los republicanos francmasones harán como los malhechores, quienes, a fin de ocultar sus crímenes, prenden fuego a la casa que acaban de saquear; nos meterán en una guerra insensata con otros Caffarels y otros Thibaudins.

Que no se cansen nuestros sacerdotes de explicar la situación y de hacer comprender al pueblo lo que pasa.

En el siglo quince la Francia estaba en tan mal estado como hoy. La caballería degenerada no pensaba más que en fiestas como el *high life* de París. Las almas desesperadas habíanse abandonado a todos los extravíos de la razón, y las rondas infernales que hombres y mujeres, presas de nerviosas crisis, formaban espontáneamente en todas las encrucijadas, parecíanse a aquella especie de trepidación general que se deja sentir actualmente en toda nuestra sociedad delirante.

Los monjes salvaron a nuestra querida Francia. De los claustros salió aquel libro inspirado directamente por Dios, *La Imitación*, tan dulce, tan suave, tan lleno de unción, tan fortificante al mismo tiempo, el cual pacificó un poco

este desarreglado mundo. Por su parte los Padres Predicadores, recorriendo las villas y castillos, levantaban los espíritus, daban consejos prácticos, y se ocupaban en abastecer a las tropas con mayor cuidado que nuestros intendentes de la última guerra. Ellos hablaban a los aldeanos y les decían como el hermano Richard, el confidente de Juana de Arco: <<Bravos: no os descorazonéis, sembrad habas en abundancia porque va a venir el ejército a libertar a la patria, y es necesario que pueda vivir.>>

Nuestros sacerdotes tienen que cumplir una misión análoga: hacer que todos conozcan perfectamente y como toquen con el dedo los graves males que amenazan al país: explicar que la persecución religiosa no es sino el preludio del complot organizado para la ruina de la Francia: mostrar claramente que nuestra suerte está en manos de algunos judíos alemanes que no sueñan más que en la gigantesca operación que tendrán que hacer por el rescate de los veinte mil millones que nos exigirá la Prusia...

Cuando en un pueblo algún hombre inteligente habrá comprendido todo esto, ayudará a los otros a comprenderlo también, y todos juntos se dirán: <<El momento es grave: perdonémonos recíprocamente nuestras pequeñas faltas, estrechemos nuestras filas, unámonos los de una misma religión, los de una misma raza, los descendientes de aquellos grandes hombres, nuestros progenitores, que vivieron y murieron, hace ya tantos siglos, en tierra francesa.>>

3 de Mayo 1888.

E. D.

INTRODUCCIÓN

La conquista judía

Jacobinos antiguos y nuevos.- Cazot, Poulet, Bouchet.- El judío y la Revolución Francesa.- Las fortunas judías.- Los miles de millones de los Rothschild.- Erlanger.- El duque de la Rochefoucauld.- Doudeauville.- Miseria intelectual de la plebe francesa.- Decaimiento moral.- Triunfo de los judíos.- Agonía de la Francia.

Taine escribió la *Conquista jacobina.* Yo quiero escribir la *Conquista judía.*

Al presente, el jacobino, tal cual nos lo describe Taine, es un personaje pasado de moda, extraviado en medio de nuestra época; el cual, como suele decirse, ha dejado de existir en el movimiento.

Cuando quiere afianzarse a sí mismo queda burlado miserablemente. Ved si no cómo Cazot, Marius Poulet y Brutus Bouchet, tan dejadotes y mal aliñados, no tuvieron la táctica que se requería para salir airosos. Figuráos un ladroncillo que en el momento de hacer sus travesuras, se mofara de los mismos a quienes las hace, que jugara con los perros y se entretuviera como los chicos tirando piedras. Este tal al instante sería perseguido y la muchedumbre gritaría: <<¡A él!¡A él!>>

El solo recurso del jacobino, aparte de lo que nos roba en el tesoro, es ponerse en condiciones con los hijos de Israel, y entrar como administrador en alguna compañía judía donde le hagan su parte.

El único a quien la revolución ha sido provechosa es el judío. Todo procede del judío y todo vuelve a él.

Hay aquí una verdadera conquista, un avasallamiento de toda una nación por una minoría insignificante pero cohesiva, comparable al avasallamiento de los Sajones por los sesenta mil Normandos de Guillermo el Conquistador.

Los procedimientos son diferentes, pero el resultado es el mismo. Esto es lo que caracteriza la conquista: todo un pueblo trabajando para otro, que se apropia por un vasto sistema de explotación rentística el beneficio del trabajo ajeno. Las inmensas fortunas judías, las casas de campo, los hoteles judíos, no son fruto de ningún sudor efectivo, ni de producción alguna; son solamente la prelibación de una raza dominadora sobre una raza avasallada.

Es cierto, por ejemplo, que la familia de los Rothschild, que como todo el mundo sabe, posee tres mil millones, sólo por parte de Francia, no los tenía cuando se presentó entre nosotros. Ella no hizo invento alguno, no descubrió minas, no ha trabajado tierras; luego ha sacado de los franceses estos tres mil millones sin darles nada en cambio.

Esta enorme fortuna crece en una progresión, en cierto sentido, fatal: El Dr. Ratzinger lo dijo muy exactamente:

<<La expropiación de la sociedad por el capital móvil se efectúa con tanta regularidad como si fuese una ley de la naturaleza. Si no se trabaja en detenerla, dentro de 50 años o cuando más de un siglo, toda la sociedad europea estará atada de pies y manos, en poder de algunos centenares de banqueros judíos.>>

Todas las fortunas judías se han formado del mismo modo, esto es, por una especie de preponderancia sobre el trabajo de los otros.

Lo que un hombre como Erlanger ha podido arrancar del tesoro, sea directamente, sea por medio de las sociedades

rentísticas que fundara o cuyo instigador ha sido, es cosa extraordinaria y nunca oída. Yo he tenido la idea de resumir esta vida rentística en un cuadro de rigurosa exactitud, reduciendo las pérdidas para el público en las más modestas proporciones. Ellas pasan de doscientos millones.

Algunos de estos negocios, cuyas acciones hoy nada valen y que sólo han podido realizarse por medios fraudulentos, son evidentemente puras y simples estafas.

Este enorme movimiento del dinero adquirido por los trabajadores no se ha llevado a cabo con una impunidad absoluta.

Sin duda, es muy explicable que ministros de justicia, francmasones y afectos a los judíos, como los Cazet, los Humbert, los Martin- Feuilléc, magistrados como Loew, Dauphin y Bouchez, no encuentren estos hechos reprensibles. Pero la magistratura ha tenido a su cabeza antes de ellos, hombres de una integridad indiscutible tales como los Tailhand, los Ernoul, los Depeyre; pero ellos se han portado mejor que los ministros francmasones.

Recordad al duque de la Rochefoucauld- Bisaccia (hoy día duque Rochefoucauld- Doudeauville) el cual cito yo aquí, sin ninguna animosidad particular, como un *personaje representativo*, como se expresan los ingleses, como el representante de la aristocracia. Él recibe perfectamente a Erlanger en su casa; la Baronesa Erlanger forma parte, en Deauville, de la *escogida* sociedad de la duquesa de Bisaccia.

Lo que en nuestros días forma la inmoralidad, no es tanto el número de los pícaros que roban, cuanto el de los hombres de bien que encuentran muy natural que se robe.

Si esto es así, es que la mayor parte de los mismos católicos viven como absolutamente ajenos a la economía social cristiana.

No se hacen cargo de que si el hombre ha sido condenado por Dios al trabajo, el deber de la sociedad, su razón de ser, es impedir que se le despoje, sea por violencia, sea por fraude, del fruto de este trabajo.

Si la antigua sociedad pudo vivir tranquila y dichosa sin conocer las guerras sociales, las insurrecciones y los pronunciamientos, fue porque descansaba en este principio:

<<No hay beneficio sin trabajo.>> Los nobles debían combatir en lugar de los que trabajaban; todo miembro de una corporación estaba obligado a trabajar por sí mismo, y érale prohibido explotar, merced a un capital cualquiera; a otras criaturas humanas, o percibir alguna ganancia ilícita del trabajo del compañero y del aprendiz.

Hoy gracias al judío, el dinero al cual el mundo cristiano no daba más que una importancia secundaria y no señalaba sino un papel subalterno, ha venido a ser todopoderoso. El poder capitalista, un contrato en unas cuantas manos, gobierna a su voluntad toda la vida económica de los pueblos, tiene las riendas del trabajo y se engorda con ganancias inicuas adquiridas sin trabajo.

Estas cuestiones, familiares en Europa a todos los que discurren, son casi desconocidas en Francia. Y la razón es sencilla. El mismo judío Lassalle ha hecho constar cuán corto era el fondo intelectual de la plebe, cuyas opiniones son formadas por las gacetas. Ahora bien, estando todos los diarios y los órganos de publicidad en Francia en manos de los judíos, o dependiendo de ellos indirectamente, no es extraño que se nos oculte cuidadosamente la significación y alcance del inmenso movimiento antisemítico que por todas partes se está organizando.

Mientras que el más insignificante personaje judío se ve ponderado, pregonado, celebrado en todos los tonos, otros grandes hombres, ardientes patriotas, como Simoniy,

Istoczy, Onody, Stoecker, son absolutamente ignorados de nosotros. Es necesario haber tratado a algunas de estas magníficas individualidades, haber conversado con uno de estos austeros pensadores, iluminados por el genio, para comprender lo que todavía tiene en reserva esta admirable raza Ariana, que tantos servicios ha prestado ya a la humanidad.

En todo caso, hame parecido interesante y útil escribir las fases sucesivas de esta *Conquista judía*, e indicar como, poco a poco, bajo la acción judía, la antigua Francia se ha disuelto y descompuesto, y como a este pueblo, desinteresado, feliz, amante, ha sustituido un pueblo vengativo, afamado de oro y muy pronto muriéndose de hambre.

Mi libro está en unión con todos los trabajos que se han ideado, bajo formas diferentes, por los psicólogos y los escritores de novelas, por los críticos y los cronistas.

Cada uno tiene el presentimiento de un inmenso derrumbamiento y se esfuerza en trazar un bosquejo de lo que ha sido, esforzándose en notar lo que mañana no será ya más que un recuerdo.

Lo que no se dice es la parte que tiene la invasión del elemento judío en la dolorosa agonía de una tan generosa nación; es el papel que ha jugado, en la destrucción de la Francia, la introducción de un cuerpo extraño en un organismo que hasta entonces permaneciera sano. Ya hay muchos que ven todo esto, hablan de ello; se indignan al encontrar por todas partes semitas que ocupan los primeros puestos; pero ellos son amantes de la paz, y por muchas causas, evitan el trasladar sus impresiones al papel.

Quizá hubiera sido más acertado imitar esta prudencia; pero yo recuerdo que San Juan cuenta a los

tímidos en el número de los que pueblan los abismos infernales, y no me sabe mal haber publicado este libro.

Reuniendo en este estudio de las razones y de las causas, todo el esfuerzo de nuestro trabajo y de nuestra buena voluntad, merecemos que los que vengan detrás digan de nosotros: << Es verdad que nada pudieron impedir, pero conocieron bien las fuentes del mal y las señalaron con inteligencia y valor: no fueron traidores a Dios ni a la Patria; no fueron imbéciles ni cobardes.>>

8 de diciembre de 1885.

LIBRO PRIMERO

El judío

Los hechos y obras de los judíos, así como sus costumbres, son cosas desconocidas del mundo. Creese conocerlos porque se ha visto su barba; pero no se ha visto de ellos más que esto, y lo mismo hoy que en la edad media, son siempre un misterio ambulante.

ENRIQUE HEINE.

CAPÍTULO PRIMERO

El judío.- Su tipo.- Arianos y semitas.- La opresión del judío.- El desprecio del goy.- El judío civilizado y el judío *nature*.

I.

Al principiar este estudio, nos es preciso procurar analizar este ser particular, tan vivaracho, tan completamente diferente de los otros seres: el judío.

Al primer golpe de vista, la tarea parece fácil. Ningún tipo tiene una fisonomía más enérgicamente caracterizada, ninguno ha conservado con más fidelidad la limpieza de la primitiva efigie. Lo que en realidad nos embaraza para comprenderle y pintarle bien son nuestras propias ideas y el punto de vista en que nos colocamos siempre absolutamente distinto del suyo.

<<El judío es cobarde>>, dice el refrán vulgar. Diez y ocho siglos de persecuciones, sobrellevadas con una fuerza de sufrimiento increíble atestiguan que si el judío no tiene el valor de combatir tiene el de resistir.

Cuando nosotros vemos a ciertos hombres que son ricos, que proceden de honrada estirpe, servir a un gobierno que ultraja todas sus creencias, ¿Podemos seriamente tratar de cobardes a una gente que lo ha sufrido todo antes que renunciar a su fe?

<<El judío tiene el culto del dinero>> Esta aserción de un hecho evidente es una frase declamatoria en boca de la mayor parte de los que la pronuncian.

Veréis a grandes caballeros, a mujeres piadosas, a personas vestidas con el hábito de Sta. Clotilde y de Sto. Tomás de Aquino, que salen de la iglesia para ir a hacer cortesías a un Rothschild, quien mira como al más vil de los impostores al Cristo que ellos adoran. ¿Quién los fuerza a ir allá? El anfitrión que les atrae, ¿tiene acaso un espíritu extraordinario? ¿Es acaso un charlatán incomparable? ¿Ha prestado quizás servicios a la Francia? De ningún modo. Es un extranjero, un alemán poco hablador, caprichado, y frecuentemente hace pagar hasta con impolítica rusticidad a sus aristócratas huéspedes la hospitalidad que con vanidad les otorgara.

Todos estos despreciadores de dinero están muy contentos cuando los que lo han reunido quieren hacérselo aprovechar.

Dejemos pues a un lado estos lugares comunes. Busquemos en un examen más atento y serio los rasgos esenciales que diferencian al judío de los otros hombres y comencemos nuestro trabajo por la comparación etnográfica, fisiológica y psicológica del semita y del Ariano, dos personificaciones de razas distintas irremediablemente hostiles la una a la otra, cuyo

antagonismo ha llenado al mundo de enredos en el pasado, y la turbará todavía más en el porvenir.

II.

El nombre genérico de Arianos o Arias, de una palabra sánscrita que significa *noble, ilustre, generoso*, designa, según es sabido, la familia superior de la raza blanca, la familia indo-europea, que tuvo su cuna en las vastas llanuras del Irán.

La raza Ariana brilló en el mundo por medio de sucesivas emigraciones. Los Ario-Pelasgos (los griegos y romanos) se detuvieron a orillas del Helesponto y del Mediterráneo, mientras que los Celtas, los Ario-Slavos y los Ario-Germanos se dirigían hacia el Occidente, rodeando el mar Caspio y vadeando el Danubio.

Todas las naciones de Europa se unen pues con los más estrechos lazos a la raza ariana, de donde han salido todas las grandes civilizaciones.

Los semitas, representados por familias diversas, la familia aranita, la familia hebrea, y la familia árabe, parecen ser salidas originariamente de las llanuras de la Mesopotamia.

Sin duda Tiro, Sidón, Cartago, llegaron a un alto grado de prosperidad comercial; el imperio árabe tuvo más tarde un esplendor pasajero; pero en estas efímeras grandezas nada hay que se parezca a estas civilizaciones fecundas y duraderas de Grecia y de Roma, y a la admirable sociedad cristiana de la edad media.

La raza ariana o indo-europea es la única que posee la noción de justicia, el sentimiento de libertad, la concepción de lo bello.

Desde los primeros días de la historia vemos al Ariano en lucha contra el semita. El conflicto se perpetúa a través de las edades, y casi siempre es el semita quien ha sido el provocador antes de ser el vencido.

El sueño del semita, en efecto, su pensamiento fijo, ha sido constantemente reducir al Ariano a esclavitud y dominar sobre él.

Hoy día el semitismo ha sustituido la violencia por la astucia. A la invasión ruidosa ha sucedido la invasión callada, progresiva, lenta. Ya no existen aquellas hordas armadas que anunciaban con gritos su llegada, sino unas individualidades separadas, agregándose poquito a poco en pequeños grupos, poniéndose en un estado esporádico, tomando a la callada, posesiones en todas las plazas, en todas las funciones de un país desde las más bajas hasta las más elevadas.

Los semitas en vez de atacar de frente a Europa la han atacado de espaldas, o por mejor decir la han rodeado. En los alrededores de *Wilna*, el *Vagina Judeorum*, se organizaron éxodos que ocuparon la Alemania, atravesaron los Vosgos y conquistaron la Francia.

Repito que nada hubo de brutal, sino sólo una especie de toma de posesión dulce; una manera insinuante de arrojar a los indígenas de sus casas, de sus empleos; un modo suave de despojarles primero de sus bienes, después de sus tradiciones y de sus costumbres, y finalmente de su religión. Este último punto será sin duda la piedra de escándalo.

III.

Por sus cualidades y por sus defectos las dos razas están condenadas a chocar entre sí.

El semita es mercantil, ambicioso, intrigante, sutil, astuto; el Ariano es entusiasta, heroico, caballero, desinteresado, franco, confiado hasta la sencillez. El semita es todo material, no viendo nada más allá de la vida presente; el Ariano es un hijo del cielo, preocupado sin cesar en aspiraciones superiores: el uno vive en la realidad, el otro en el ideal.

El semita, es negociante de instinto; tiene la vocación del tráfico, el genio de todo lo que es cambio, de todo lo que es una vocación de hacer caer en la trampa a su semejante. El Ariano es agricultor, poeta, monje y sobre todo soldado: la guerra es su verdadero elemento, corre alegre al peligro y desafía a la muerte.

El semita no tiene ninguna facultad creadora; por el contrario, el Ariano inventa; ni la más pequeña invención ha sido hecha por el semita. Éste explota, organiza, hace producir a la invención del Ariano creador, beneficios que naturalmente se reserva para sí.

El Ariano emprende viajes de aventuras y descubre la América; el semita, que hubiera tenido una tan bella ocasión de unirse fuertemente a Europa y mostrar que era susceptible de hacer alguna cosa por sí mismo, espera que todo se explore y se deslinde para enriquecerse a expensas de los demás.

En una palabra, todo lo que es una excursión del hombre a regiones ignoradas, un esfuerzo para ensanchar el dominio terrestre, está absolutamente fuera del poder del semita, y sobre todo del semita judío; él no puede vivir sino de lo común, en medio de una civilización que él no ha creado.

La desdicha del semita (y guardaos bien en la memoria esta observación, en obsequio mío) está en que siempre se adelanta un punto casi imperceptible, al que no conviene llegar en compañía del Ariano.

El Ariano es un gigante buen chico. Considérase dichoso con tal que le cuenten una de aquellas leyendas que necesita su imaginación hambrienta de maravillas. Muchas veces ha oído la leyenda del 89 lo mismo que si hubiese oído un relato caballeresco. Un poco más, y los redactadores de la *Republique Française* le habrían hecho creer que los miembros del gobierno de la Defensa nacional, montados sobre briosos caballos como los antiguos caballeros de pro, habían desafiado los más grandes peligros para ganar la batalla del empréstito Morgan. Y mientras que es excesivamente interesado por estas proezas, nada hay más fácil que quitarle la bolsa, y aun quitarle las botas so pretexto de que le impedirían para andar en el camino del progreso.

Repito que al Ariano todo se le puede hacer; sólo hay que evitar impacientarle. Dejaráse robar todo lo que posee, y de repente se enfurecerá por una rosa que se le quiera tomar. Entonces, despertando súbitamente, lo comprende todo, desenvaina la espada que tenía olvidada, ataca con furor, y descarga contra el semita que le explotaba, le robaba, se burlaba de él, uno de aquellos terribles castigos cuyas consecuencias arrastra el otro durante trescientos años.

El semita, por su parte, de nada se admira. Está en su temperamento ser opresor, y en sus hábitos ser castigado. Él encuentra casi una cierta satisfacción cuando todo ha vuelto a entrar en el orden normal; él desaparece, se oculta como entre nieblas, se mete en cualquier agujero, donde rumia una nueva combinación para volver a empezar algunos siglos después.

La inteligencia del semita, tan perspicaz y delicada, es sin embargo limitada; ni tiene la facultad de prever, ni llega a ver más allá de su corva nariz, ni está dotado de la facultad de comprender ciertos matices delicados como

flores, y que son en este mundo las únicas cosas que merecen que el hombre exponga su vida.

Las faltas del semita explican por qué el antagonismo natural que existe entre él y el Ariano se perpetúa a través de los siglos.

Si queréis comprender la historia de la edad media, mirad lo que pasa entre nosotros.

La Francia, gracias a los principios del 89, hábilmente explotados por los judíos, estaba en completa disolución. Los judíos habían monopolizado toda la fortuna pública, habiendo invadido todo, excepto el ejército. Los representantes de las antiguas familias nobles o plebeyas, se habían dividido en dos clases: los unos se entregaban al placer, tenían por amas a chicas judías que les corrompían y arruinaban, por amigos a comerciantes de caballos o a usureros, igualmente judíos, quienes ayudaban a las chicas; otros obedecían a aquella atracción de la raza Ariana hacía la Nirvana-indou, el paraíso de Odín; ellos no tomaban casi parte alguna en el movimiento contemporáneo, vivían como un éxtasis y casi no tenían pie alguno en la vida real.

Si los semitas hubieran tenido algunos años de paciencia, habrían obtenido al fin. Uno de aquellos hombres raros, verdaderamente sabios, que cuentan entre ellos, un discípulo de Philon, un representante de la escuela judía de Alejandría, Julio Simón, les decía bien claramente lo que debían hacer: ocupar dulcemente la tierra y dejar que los Arianos emigrasen al Cielo.

Los judíos jamás quisieron entender esto.

La francmasonería formó la opinión y los diarios judíos la coadyuvaron grandemente; prodigóse el oro, se pagó con profusión a los comisarios de policía que hasta el último momento, rehusaban tener culpabilidad alguna en el crimen.

¿Y qué sucedió? Lo que dijimos más arriba. El Ariano excitado, turbado, herido en los sentimientos de nobleza y generosidad que le son propios, sintió subírsele la mosca a la nariz ante el espectáculo de unos desdichados ancianos arrancados de sus celdas por una turba de canalla. Bastóle un poco de tiempo para reflexionar, para coordinar sus ideas, para recogerse.

-Pero vamos a ver ¿En nombre de qué principios se obra? preguntó.

-En nombre del principio de libertad, respondieron a una los diarios de los Porgés, de los Reinachs, de los Dreyfus, de los Eugenios Mayer, de los Camilos Sée, de los Naquets.

-¿En qué consiste este principio?

-En esto: un judío cualquiera sale de Hambourg, de Francfort, de Wilna, de donde quiera que sea; junta un cierto número de millones a expensas de los *goyim*; él puede pasear sus equipajes por todas partes; su domicilio es inviolable, si no es a un llamamiento del juez, que naturalmente nunca tiene lugar.

-Por el contario, un francés de origen, un *francés natural*, para usar la palabra de Saint- Simon, se despoja de todo cuanto posee para darlo a los pobres; anda con los pies desnudos, vive en una habitación estrecha y apenas blanqueada, en la que no querría alojarse ni aun el criado del criado de Rothschild; aquél está fuera de la ley: se le puede arrojar a la calle como un perro.

El Ariano, despertando de su somnolencia, juzgó no sin razón que desde que se entendía de esta suerte la famosa tolerancia de la que tanto se hablaba hacía ya cien años, valía más dar golpes que recibirlos, juzgó que ya era tiempo de arrancar al país de las manos de tan crueles amos. <<Puesto que el sayal del monje parece que incomoda a tu

levita, volveremos a vestirte con tus amarillos arambeles, viejo semita>> Tal fue la conclusión de estas meditaciones.

Desde esta época data en Francia la primera constitución del comité antisemítico, o para hablar con más propiedad, antijudío.

Lo que sucede en Francia ha pasado en Alemania. Los judíos habían ayudado cuanto les había sido posible al kulturkampf, y empleado toda su energía en las vejaciones contra los católicos.

El Kulturkampf se acabó, y la guerra antisemítica empieza a duras penas.

Si leéis esta obra hasta el fin, veréis en varias partes reproducirse un mismo hecho en condiciones casi idénticas, en todas las épocas y en todos los países.

IV.

Parece que el judío volviendo siempre a los procedimientos que en todos tiempos le han hecho arrojar de algún punto, obedece verdaderamente a un impulso irresistible. La idea de conformarse a las costumbres, a las tradiciones, a la religión de los otros, no entra en su cerebro. Sois vos quien debéis someteros al judío, amoldarse a sus costumbres, evitar todo lo que le incomode.

Y notad que de la sociedad pasada ya quieren aceptar todo lo que halaga su vanidad; buscan con afán hasta grotesco los títulos militares de barones y de condes, que pegan tan bien a estos manoseadores de dinero como una piedra en ojo de boticario. No hay garitero tan abyecto o fabricante de cadenas para presidios, que de cerca o de lejos pertenezca a Israel, que no sea al menos caballero de la Legión de honor, del Mérito agrícola, u oficial de academia.

Pero aquí se para la condescendencia; apenas les choca alguna de nuestras costumbres, hay que hacerla desaparecer.

El derecho del judío de oprimir a los otros forma parte de su religión. Contra el cristiano, el gentil, el goy (en singular *goy*, en plural *goyim*), todos los medios son buenos.

Aun la misma evolución social del semita es absolutamente diferente de la nuestra. El tipo de la familia ariana, en el estado de civilización, es la *gens* romana que se convirtió en familia feudal. Durante largas generaciones, la fuerza vital y el genio se economizan; después el árbol cuyas raíces se sumergen dentro del suelo, fructifica en su cúspide un hombre ilustre, que es como el resumen de las cualidades de todos los suyos. El ser predestinado emplea a veces un siglo en desarrollarse; pero de la extracción más humilde sale una de esas figuras completas, atractivas y valientes, heroicas y letradas, de las que no pocas nos refiere nuestra historia.

En la raza semítica, las cosas pasan de diverso modo. Fuera de las familias sacerdotales que constituyen una especie de nobleza, la nobleza no existe; no hay familias ilustres. Algunas se transmiten el crédito de padres a hijos; en ninguna se lega la gloria.

En menos de veinte años si las circunstancias le son favorables, el judío alcanza todo su desarrollo; nace en el fondo de una judería, gana unos cuantos francos en una primera operación, marcha a París, se hace condecorar por mediación de un Dreyfus cualquiera, compra un título de barón, preséntase despejadamente en un gran círculo y toma el aire y las maneras de como si siempre hubiera sido rico. En su casa la transformación es por decirlo así instantánea; no experimenta ninguna admiración y desconoce del todo ciertas timideces.

Tomad un judío de Rusia, miserable y sucio, cubierto de andrajos y con todas las formas que caracterizan al

vagabundo israelita, y después de un mes de baños, se instalará en la ópera, con el aplomo de un Stern o de un Gunzbourg.

Por el contrario, si el judío tan pronto llega a adquirir aplomo, jamás alcanza la distinción. Excepción hecha de algunos judíos portugueses, los cuales, cuando jóvenes tienen hermosos ojos y cuando viejos una cierta majestad oriental, jamás encontraréis en ninguno de ellos aquel no sé qué de calma, de desembarazo, de cortés, de digno, que hace que un gran señor francés auténtico, un francés de raza, aun cuando se cubra con un vestido raído, sea reconocido en todas partes.

El judío es insolente, nunca arrogante; él no traspasa jamás este primer grado al cual por otra parte llega con mucha facilidad. Los mismos Rothschilds, a pesar de sus miles de millones, tienen el aire de revendedores de vestidos. Sus mujeres, con todos los diamantes de Golconda, se parecerán siempre a unas traficantes de holandillas, y no vestidas como un día de domingo, sino de *Sábado*.

Siempre le faltará al judío, comparado con el cristiano, lo que constituye el atractivo de las relaciones sociales: la igualdad. El judío (fijarse también en esta observación) jamás será el igual de un hombre de raza cristiana. O se arroja a vuestros pies o bien os aplasta bajo sus plantas; siempre está encima o abajo, jamás al lado. Hay que tenerle siempre cuidadosamente de la mano. Ya sea que se hable con un millonario, ya con un menesteroso, hay que recordarle a cada instante quién sois vos y quién es él.

Hay otra causa de que el judío sea poco a propósito para las relaciones que se proponen otro fin que el interés, y es la monotonía del tipo. Mientras que la raza ariana sobrelleva una variedad infinita de organizaciones y temperamentos, el judío se parece siempre a otro judío; no

tiene facultades, sino una aptitud única que a todo se aplica: la Thebouna, aquella *sutilidad práctica* tan celebrada por los Moschlims, aquel maravilloso e inanalizable que es él mismo en el hombre político que en el patán, y que les sirve admirablemente en la vida.

Tocante a artes los judíos no han creado ninguna figura original, poderosa o conmovedora, ninguna obra maestra. Ellos no admiten más que lo que se vende; saben ensalzar y pintar con relevantes cualidades lo que no tiene ningún mérito. Prefieren siempre las cosas de poco valor pero que halaguen los groseros apetitos de las muchedumbres, porque tales cosas les permiten enriquecerse y sirven al mismo tiempo para conseguir su fin de ridiculizar los piadosos recuerdos y entusiasmos, no menos que las augustas tradiciones de los pueblos, a cuyas expensas viven.

¿Se trata de simular con una orquesta callejera la banda chillona de los Clodoches? Strauss, el músico mayor, levanta la batuta. ¿Se quiere ridiculizar al ejército en el momento en que prepara una terrible guerra? Pues tenéis a Ludovico Halevy que inventa al general Boum. ¿Es oportuno para nuestros enemigos hacer burla de lo que más respeta un pueblo: el heroísmo, el amor honesto, las glorias nacionales? Pues ya encontraréis a Offenbach, agente Prusiano, dispuesto a ello. ¿Sería útil deshonrar el teatro de Racine y de Molière, y en la escena que tan gloriosa había sido, introducir a cierto personaje que me callo? Pues el judío Busnoch se ofrece para esta iniquidad.

Mientras que los judíos alemanes vienen a Francia a cometer estas infamias, otros judíos escriben en Alemania: <<Mirad lo que es la Francia, ni literaturas ni producto.>>

¿Cuándo los antepasados de estos hombres han rogado con los nuestros? ¿En qué rincón de ciudad o de aldea están sus sepulcros de familia?¿En qué antiguo

registro de parroquia encontráis el nombre de estos recién venidos, que hace menos de un siglo, no tenían derecho de habitar en esta tierra de la que quieren ahora arrojarnos? ¿En qué se unen ellos a las tradiciones de nuestra raza?

Así se responde a los verdaderos alemanes, a los compatriotas de Goethe y de Schiller, repudiando todas estas pornografías y operetas. Entonces os contestan: <<tanto peor para vosotros; no debíais haber recibido a esta gente; bien podíais suponer que no venían sino a deshonraros y haceros traición.>>

Observad además otra cosa, y es que no podréis citarme un judío que sea un gran escritor francés.

El judío se forma admirablemente cierta jerga parisiense; pero hablar francés ya es otra cosa. Para hablar una lengua hay que pensar primero en esta lengua: pues hay entre la expresión y el pensamiento una muy íntima correlación. Hay que haber chupado desde niño el vino de la Patria y haber salido verdaderamente de aquel suelo. Sólo entonces, cuando se trate de atacar como Voltaire, Paul-Louis Courier, o Proudhon, o de defender como Louis-Veuillot, vuestra frase tiene un gusto de terror que procede de un fondo común de sentimientos e ideas.

Esta imposibilidad de asimilarse con su sustancia la lengua de un país, se extiende a la pronunciación. El judío, que tan fácilmente habla todos los idiomas, conserva siempre yo no sé qué acento gutural que hace que sea descubierto por un atento observador.

CAPITULO SEGUNDO

La constitución física.- El judío portugués y el judío alemán.- Solidaridad de los judíos.- El niño Mortara.- La duquesa de Berry y Deutz.- El espionaje judío.- Un pasaje de Máximo del Champ.- Las celebridades del latrocinio.- Las asociaciones de ladrones judíos.- Impunidad concedida hoy día a los judíos.

I.

Ya que hemos indicado los principales rasgos que son comunes casi a todos los semitas, examinemos más de cerca la raza y la especie.

Las principales señales por las que se puede reconocer al judío son pues: aquella famosa nariz corva, los ojos guiñadores, los dientes apretados, las orejas salientes, las uñas cuadradas en vez de ser redondeadas, el tronco muy largo, el pie plano, las rodillas redondas, la clavija extraordinariamente afuera, la mano medulosa y propia del hipócrita y traidor. De ordinario tienen también un brazo más corto que el otro (1).

(1) Lavater observa que los judíos, en general, tienen el rostro pálido, la nariz ganchuda y prominente, los ojos hundidos, los músculos que constriñen la boca fuertemente pronunciados, los cabellos crespos, rojos o morenos, la barba clara; señal ordinaria de temperamentos afeminados. <<A la degradación física, añade él, sigue siempre la degradación moral; ella se hace notar mayormente entre los hebreos; es el resultado de una completa depravación.>>

El retrato es un poco cargado. Los judíos entre sí, no son depravados; el mal que hacen a los *Goyim*, no es más que el ejercicio de la guerra: tanto peor para vosotros si sois tan viles para defender a vuestro Dios y tan bestias para proteger vuestro dinero.

Es cierto que las tribus han conservado casi intactos los rasgos que antiguamente las distinguían, y muchos de los cuales se indican en la Biblia. Gambetta, con su nariz de curva tan pronunciada, pertenecía a la tribu de Efraím. Lo mismo Rainach y de Pourgués, lo que explica su mutua simpatía.

Camondo, negro y velludo, es de la tribu de Dan. Enrique Aron, con sus ojos estriados con filamentos rojos, quería pasar como de la tribu de Zabulón. La Kaulla, blanca y fina, es de la tribu de Judá. Lockroy, con su cabecita chuchumeca, es de la tribu de Asser. Los innumerables Lévy, a pesar de las aparentes diferencias, pertenecen a la tribu de este nombre.

Además de estos caracteres de las tribus, todavía mal definidos, hay que distinguir en el judío dos tipos absolutamente diversos: el judío del medio y el judío del norte, el judío portugués y el judío alemán.

Los judíos del rito portugués, como es sabido, pretenden haberse instalado en España desde la más remota antigüedad; rechazan con horror toda solidaridad con los deicidas y aun pretenden que los judíos, que habitaban en Toledo, escribieron entonces a sus hermanos de Jerusalén para disuadirlos de cometer un tan grande crimen.

Calentado por el sol de oriente, el judío de mediodía es a veces de un hermoso físico; ni es raro encontrar en él, el tipo árabe conservado casi en toda su pureza. Algunos con sus ojos de terciopelo dulces y cariñosos, pero siempre un poco falsos, con su cabellera de ébano hacen pensar en algún compañero de los reyes moros y aun en algún hidalgo castellano; sin embargo es necesario que usen guantes porque la raza ávida y baja se conoce muy pronto por sus ganchudos dedos, siempre agitados por la codicia y movibles por el robo.

El judío alemán no tiene ninguno de estos caracteres. Sus ojos legañosos no fijan la vista; su tez es amarillenta, sus cabellos de color de la cola de pescado, su barba casi siempre de un rojizo indefinido, aunque a veces de un color negro-verde desagradable y que tiene visos de una levita ya pasada. Es el tipo del antiguo comerciante de hombres, del usurero de baja ralea, del tabernero de un lugarejo. Ya he dicho que la fortuna no les cambiaba aunque se les presentara risueña. Ellos fueron descritos por un correligionario que pertenecía a una familia de buena posición y casi considerada entre los judíos, M. Cerfbeer de Medelsheim.

> El judío alemán, dice él, en cuanto a lo moral es vanidoso, ignorante, avaro, ingrato, bajo, rastrero, insolente; en cuanto al físico es sucio, piojoso y sarnoso. Los judíos son imperiosos, crédulos, maldicientes, ásperos y muy sujetos a caución en materia de fe conyugal.

El autor se vuelve enseguida contra los rabinos con acusaciones que nosotros no reproducimos; porque un escritor cristiano no ataca jamás a ningún sacerdote, de cualquier religión que sea. Esto se deja para los escritores de la prensa judía, para los Mayer y Dreyfus.

Entre los judíos alemanes, los fisonomistas distinguen todavía otra variedad: el judío de Polonia tiene nariz gorda y cabellos crespos.

Entre sus condiciones de hacendista, el judío del mediodía no deja de tener un grano de poesía. Él os toma la bolsa (según costumbre de la raza) pero con ciertas concepciones que no parecen de toda grandeza.

Como Mirés, como Millaud, como Péreire, se hace amigo de los letrados, tiene diarios en los que se escribe a veces en francés, busca las buenas plumas y se honra con tenerlas en su mesa; de modo que si el escritor le ha hecho cien mil francos, pónele quinientos bajo la servilleta.

El judío del norte ni siquiera tiene el genio de comercio; es el recortador de los ducados de otros tiempos, quien, como se decía en Francfort, sujetaba a los escudos a la *operación de la circuncisión.* Su hermano del Mediodía se agita, se mueve, se ingenia; él se está quedo, inmoble y estancado, espera el momento detrás de su pórtico; él desprecia los títulos como despreciaba las monedas; ha enriquecido sin producir nada. El uno es la pulga brincoteadora y alegre, el otro es el piojo, viscoso y pegajoso, que vive en la inercia a expensas del cuerpo humano.

El semita religioso, el que todavía se acuerda de los días en que abría su tienda de campaña para hacer oración a la salida del sol, el semita relativamente tolerante todavía, es el de mediodía. El rencoroso, el autor de caricaturas obscenas, el que escupe al crucifijo, es el del Norte.

Los judíos del mediodía han sufrido sin embargo más que los judíos del norte, aunque han sido menos despreciados. El martirio, como suele suceder, ha engrandecido a los descendientes de las víctimas, mientras que el hábito de vivir entre públicas humillaciones ha sumido en la degradación a los hijos de los judíos alemanes.

Sin embargo no os equivoqueis; el más fuerte, el verdadero judío, es el judío del norte. Péreire, poeta y artista hasta cierto punto, probó en vano de luchar contra Rothschild, pero se vio obligado a renunciar al combate, del que había salido bastante mal parado.

Parece que por una lógica bastante natural, el triunfo momentáneo del judío debe como encarnar en el judío completo, en el verdadero judío, en el judío más rastrero, por más largo tiempo infamado, con detrimento del judío ya aplastado, algo más político, civilizado, humanizado.

Sin embargo no conviene tampoco dar a estas divisiones mayor importancia de la que tienen. Portugueses

ó Alemanes, todos, fuera de sus disentimientos, pasajeros, se unen muy estrechamente contra el extranjero, el cristiano.

II.

El ejército judío tiene pues a su disposición tres cuerpos:

Los verdaderos judíos, los judíos *notoires* como los llaman los *archivos*, que veneran oficialmente a Abraham y Jacob, y que se contentan con reclamar la posibilidad de hacer su fortuna permaneciendo fieles a su Dios.

Los judíos convertidos en libre-pensadores (cuyo tipo es Gambetta, Dreyfus y Raynal) ponen en sus bolsillos su cualidad de judío, y persiguen a los cristianos en nombre de los gloriosos principios de la tolerancia y de los sagrados derechos de la libertad.

Los judíos conservadores siendo cristianos en apariencia y estando unidos a las dos clases precedentes con los lazos más estrechos, comunican a sus camaradas los secretos que les pueden convenir.

En estas condiciones, el increíble suceso del judío, por inverosímil que parezca, y la manera sorprendente con que pululan, pueden fácilmente explicarse.

La fuerza del judío es la solidaridad. Todos los judíos son solidarios unos de otros, como lo proclama la *Alianza israelita*, que ha tomado por emblema dos manos que se juntan y entrelazan bajo una aureola.

Este principio es observado de una extremidad a otra del mundo con una exactitud verdaderamente sorprendente.

Bajo el punto de vista humano, ya se ve qué ventaja da este principio de solidaridad al judío sobre el cristiano, quien, lleno de caridad, no se cuida de este sentimiento de solidaridad.

Nadie más que yo, podéis bien creerlo, admira esta flor sublime que el cristianismo ha hecho abrir en el alma humana: esta caridad infatigable, inextinguible, ardiente, que siempre da, que da sin cesar, que no solamente da plata, sino el mismo corazón, el tiempo, la inteligencia. Sin embargo yo quisiera indicar en esta obra, que es un trabajo de riguroso análisis, la diferencia que existe entre la utilidad del judío y la caridad del cristiano.

Los cristianos abren completamente sus brazos a todos los infortunados, responden a todos los llamamientos, pero no forman entre sí esta clase de agrupaciones. Acostumbrados, como es natural, a considerarse en su casa en un país que les pertenece, ni siquiera tienen la idea de formarse en apretadas filas para resistir al judío.

Éste tiene pues sobrada razón de pegarles aisladamente; un día, por ejemplo, hay un mercader a quien un judío envidia los fondos, y todo el comercio israelita se arma para conducirle dulcemente a la quiebra. Mañana, hay un escribano que sobresale, y los judíos procuran reducirle a la desesperación, a la ignominia, o a la locura. Más tarde, se trata de un gran señor de esclarecido nombre y a quien habrá maltratado algún varón sospechoso; arréglanse entonces ellos para procurar al desdichado una ama judía; un corredor afiliado al partido viene a proponerle un negocio ventajoso: ceban a veces a la víctima con un primer lucro, pero al fin se encuentra a la vez arruinada y notada de infamia.

Si el mercader, el escribano y el gran señor se hubieran entendido, si se hubieran unido, habrían escapado, habríanse defendido mutuamente, cada uno hubiese apoyado al otro: pero ya lo repito, sucumben sin verse y sin sospechar siquiera cuál haya sido su verdadero enemigo.

Gracias a esta solidaridad, todo lo que acontece a un judío, en el rincón más apartado del desierto, toma las proporciones de un acontecimiento.

La gritería del judío recuerda siempre aquellos tumultos de la Edad Media en que algún infortunado de baja ralea, zurrado por cualquier travesura, daba grandes aullidos y quejas que hacían conmover y agitar a todos los suyos.

Por desdicha para los oídos delicados, hay siempre en el mundo algún judío que grita y que reclama alguna cosa, ¿qué reclama? Lo que se le ha tomado, lo que habría podido tomársele o quizás lo que habría podido ganar.

¿Quién ha olvidado a Mortara, aquel pequeñito judío por causa de quien toda la prensa vendida a Israel, llenó de injurias a un santo pontífice, que se contentó con decir al picaruelo con su angelical sonrisa: <<querido niño, nunca sabrás lo que me habrá costado tu alma.>>

Su padre Momolo Mortara, era un tipo; explotaba a su hijo como Rafael Félix explotaba a Raquel, habiéndose reservado el derecho en su tratado con el empresario americano de mostrarlo muerto y revestido del *péplum* en su ataúd.

Apenas el padre de Mortara necesitaba dinero, sentía renovársele el dolor e iba a encontrar a Cavour.

Cavour, que pretendía que la cuestión Mortara le había ayudado tanto a formar la Italia como Garibaldi, daba algunos ducados a su desconsolado padre. Los diarios franceses de entonces, *Les Debats, L´Opinion nationale, Le Siecle,* etc., que aplaudían la unidad italiana, como era natural que aplaudieran la unidad alemana, con su ingenio y patriotismo ordinarios, se deshacían en bravatas contra el fanatismo eterno, el Santo Oficio, el despotismo papal; derramaron lágrimas sobre aquel padre a quien llamaban <<una víctima sacerdotal.>>